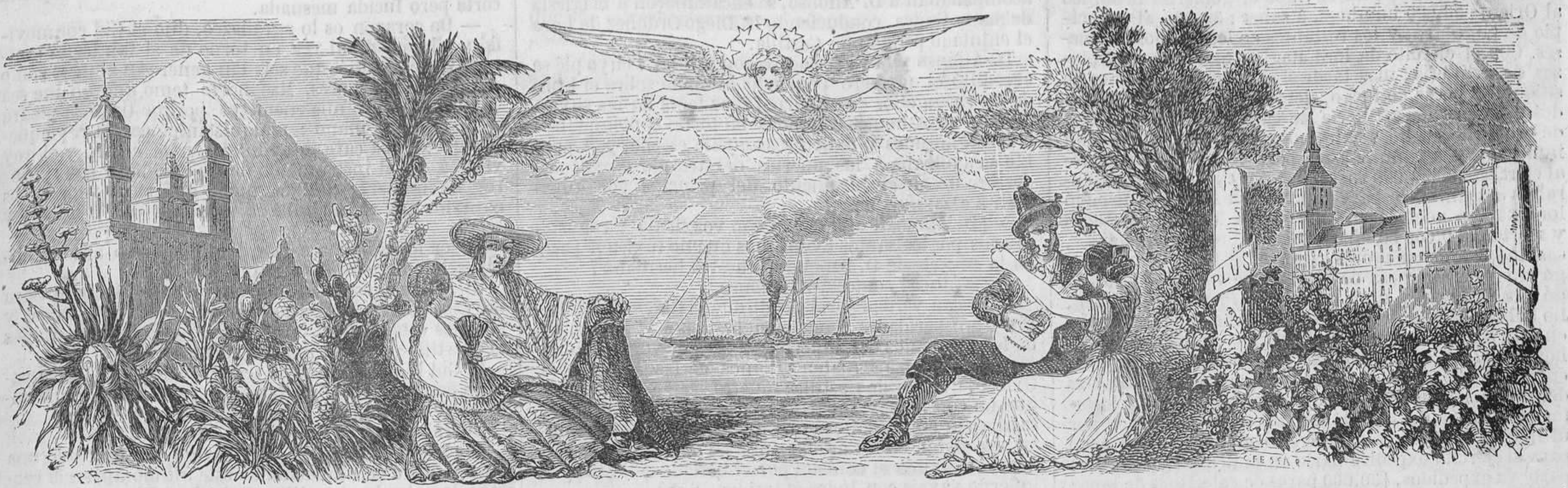


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 115.

1855. — TOMO V.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El ejército inglés; grabado. — El destierro del Cid. — Los frescos de Giotto descubiertos en Florencia; grabados. — Revista

de Paris; grabado. — El combate de la vida. — Sebastopol; grabados. — La Casdami. — Las visiones de la noche en los campos; grabados. — A la invencion de la brújula. — Revista de la moda. — Los rusos en el Pacífico. — Fabricacion del alcohol con la raiz del gamon; grabados

El ejército inglés.

Como la prensa británica ha hecho una guerra tan tenaz al ministerio caído por haber mirado con indolencia y aun con abandono á su valiente ejército en la Crimea, los defensores de aquel gobierno han querido



Reclutamiento del ejército inglés en las aldeas.

atenuar ó desvanecer la falta que se supone cometida, poniendo de manifiesto los elementos en hombres y material que el ministro de la Guerra inglés duque de Newcastle envió á Oriente: he aquí algunos pormenores sobre esos envíos que extractamos de los periódicos ingleses:

Hasta el presente, ha enviado el gobierno británico al Oriente 53,000 hombres, á saber: 30,000 al principio de la guerra, y los restantes en los últimos dos meses. Con el ejército de lord Raglan marcharon 62 piezas de artillería; mas tarde siguieron dos parques de sitio de 42 bocas de fuego, siete baterías de á nueve, y dos secciones de artillería de campaña. Los repuestos de proyectiles sólidos y huecos que se llevaron fueron inmensos, y en municiones para fusilería enviáronse al ejército 22,833,000 cartuchos, en cuyo número figuraban 18 millones para carabinas á la Minié. Recibió lord Raglan además, procedentes de Malta, 42 cañones y morteros, 9,000 bombas y 27,000 proyectiles sólidos, casi todos de los mayores calibres. El 17 de octubre llegó la primera remesa de prendas de vestuario de abrigo á la Crimea; y si no hubiera el *Prince* naufragado, no habría habido motivo alguno para producir queja en esta parte. Las prendas de abrigo que conducía á su bordo, habían sido ya confeccionadas en julio, y hubo entre ellas 33,700 calcetines de lana; 53,000 camisas del propio género; 2,500 capotes para guardias y puestos avanzados, además de los capotes ordinarios; y por último, 16,000 mantas. Entre todo se han contratado para el ejército expedicionario en la Crimea, y en gran parte ya expedidos, 150,000 pares de calcetines de lana; 100,000 camisas de lo mismo; 90,000 calzoncillos de franela; 80,000 pares de guantes; 40,000 mantas estrechas de lana; 40,000 capuchones impermeables; 40,000 capotes de pieles; y 12,000 pares de botas de cuero de lobo marino. Luego que llegó á conocimiento del gobierno la pérdida del *Prince*, dictáronse sin pérdida de momento las disposiciones oportunas para reponer aquellas prendas; y aun no se sabía oficialmente la confirmación de tan deplorable percance, cuando ya se estaban aprestando buques con nuevos repuestos. Resuelto ya que el ejército inverna en la península Táurica, mandáronse construir capotes de pieles de carnero; y como Inglaterra por sí sola no pudiese proporcionar mas que 5,000, se hicieron á su cuenta 10,000 en Francia y 20,000 en Austria, sin perjuicio de que también al embajador británico en Constantinopla se diera la órden para que proporcionase otros 25,000. Por último, fabricaron barracas ó casetas de madera, y prescindiendo de las construidas en Malta y en Turquía mismo, se embarcaron en los puertos de Inglaterra á principios de diciembre en número de 11,000.

El destierro del Cid.

I.

El traidor Bellido Dolfos había dado muerte al rey D. Sancho cabe los muros de Zamora, y D. Alfonso se encaminaba á Búrgos á ceñir su frente con la ensangrentada corona de su hermano. Cien pasos estaría de la ciudad, cuando á las puertas de esta aparecieron los mas nobles patricios de Castilla conduciendo un pendon velado con una gasa negra.

Los castellanos se pararon é hicieron seña á D. Alfonso para que los imitara. Entonces se adelantó Rodrigo Diaz de Vivar, y despues de saludar al hijo de D. Fernando el Grande no como á rey sino como á caballero, le dijo:

— ¡D. Alfonso! heredero sois del reino de Castilla, y nadie osará disputar vuestro derecho. Castilla es un pueblo honrado que siempre veneró y ayudó á sus señores; mas ¿cómo podrá venerarlos y ayudarlos si por honrados no los tiene? Por bueno se os tuvo siempre en Castilla; mas hoy pesa sobre vos una sospecha infame, y habeis menester destruirla ántes que por vos aice pendones esta tierra siempre leal. Ya sabeis que el puñal de un asesino arrancó la vida á vuestro hermano D. Sancho en el cerco de Zamora. Para que Castilla os ame y respete, habeis de jurar en Santa Gadea, puesta la mano sobre el santo Evangelio, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho.

La indignación había ido encendiendo el rostro de D. Alfonso mientras el Cid hablaba así, y todos los circunstantes, menos el glorioso caudillo castellano, temblaban viéndola próxima á estallar.

— ¡Justicia de Dios! exclamó D. Alfonso. ¿Quién es el que se atreve á hablarme así? ¿Quién osa pedirme ese vergonzoso juramento?

— ¡Rodrigo Diaz de Vivar! contestó el Cid, no con insolente altivez, mas sí con respeto y firmeza.

— Renunciara, poco es el reino de Castilla, sino el imperio del mundo, ántes que sufrir la humillación que me proponeis, Cid. ¿Un buen caballero desconfía de mi lealtad hasta sospecharme cómplice de la muerte de mi hermano? Os devuelvo á la faz á vos y á cuantos como vos piensan la infamia con que quereis mancillarme.

— Señor, replicó el Cid, ved que rehusando la jura, dais nuevo motivo á la sospecha...

— Pues bien, exclamó D. Alfonso interrumpiendo á Rodrigo; ¡paso, paso al templo! Pero ¡ay de los que

me insultan! ¡Ay del que se atreve á humillarme cual nunca vasallos humillaron á señor!

— Despues de la jura, contestó humildemente el Cid, mi señor seréis, y de la vida y la hacienda de vuestro vasallo podréis disponer.

Castellanos y leoneses, que leoneses eran los que acompañaban á D. Alfonso, se encaminaron á la iglesia de Santa Gadea, conduciendo D. Diego Ordoñez de Lara el enlutado pendon de Castilla.

D. Alfonso y el Cid se acercaron al altar á cuyo pié se arrodilló el primero poniendo la mano sobre el libro de los Evangelios que Rodrigo Diaz tenía en las suyas. Muchos ricos-homes colocados en torno contemplaban entre admirados y temerosos aquella escena, y el pueblo se agolpaba á las puertas del templo en silencio deseoso de oír el juramento del príncipe por quien iban á alzarse pendones.

— ¡D. Alfonso! dijo el Cid con voz firme y robusta, ¿jurais por los santos Evangelios que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho II vuestro hermano?

— ¡Sí, juro! contestó D. Alfonso.

— Si con verdad jurais, continuó el Cid, solo venturas y prosperidades tengais en la tierra y seais salvo de los tormentos del infierno; mas si vuestro juramento es falso, os maten villanos de las Asturias de Oviedo, que no de Castilla; muerto seais con ahijadas, que no con lanzas; abarcas calcen los que os maten y cabalguen en jumentos que no en caballos ni en mulas; os maten en las aradas, que no en villas ni en aldeas; os saquen el corazón por el costado siniestro y al infierno vayais con Júdas el traidor.

— Así sea, contestó D. Alfonso con mal reprimida indignación.

Entonces el Cid colocó los Evangelios sobre el altar, y como se alzara D. Alfonso, hincó á sus piés la rodilla y le besó la mano, imitándole los ricos-homes que estaban presentes.

Y D. Diego Ordoñez de Lara rasgó el negro cendal que velaba el pendon, y saliendo con este al atrio del templo, gritó por tres veces:

— ¡Castilla por D. Alfonso el VI.

El pueblo repitió este grito con alegría y entusiasmo, y en diferentes puntos de la ciudad se alzaron estandartes y resonaron pregones anunciando que el trono de Castilla estaba ya ocupado. El Cid se encaminó á Vivar aquel mismo día.

La mañana siguiente vióse una espesa columna de humo que se alzaba al fin del horizonte entre Oriente y Mediodía. Era una de las ahumadas que se hacian en las atalayas para avisar cuando los moros traspasaban la frontera.

Rodrigo estrechó en sus brazos á Jimena y á sus hijas, cabalgó en Babieca armado de todas armas, y seguido de doscientos caballeros, partió para la frontera apellidando la tierra á su paso.

II.

Era una apacible tarde de primavera, y los villanos de las cercanías de Vivar trabajaban en los campos, no entonando alegres cantares como otras veces, sino callados y tristes.

¿De qué provenian aquel silencio y aquella tristeza?

Cada vez que dirigian la vista al castillo de Vivar que se alzaba, también callado y triste, en una colina inmediata, suspiraban dolorosamente y dejaban escapar de sus labios algunas palabras en las que se mezclaban el nombre del Cid Campeador, el del rey y el de algunos cortesanos, elogiando y compadeciendo al primero, y censurando y maldiciendo á los restantes.

Pero he aquí que por una loma que limita el horizonte por el lado de Levante asoman como medio centenar de caballeros en arnés de guerra, y al verlos reina una agitación extrema entre los villanos, los que se apresuran á abandonar sus labores, encaminándose á sus casas diseminadas en aquellas inmediaciones, como suelen hacer en tiempo de guerra á la aproximación del enemigo.

— ¡El Cid Campeador! exclaman con espanto, y en breve quedan los campos desiertos.

¿Es enemigo el Cid Campeador de aquellas gentes? Y si lo es, ¿cómo los villanos le bendecian hace algunos momentos?

Los caballeros que asomaron por la loma continúan hacia el castillo.

— ¡Por San Pedro de Cardena, que me espanta la soledad que reina en mi señorío! dice uno de los que caminan los primeros y en cuya lanza ondea un pendon verde.

— Cierto, contesta otro, que por ningun lado se descubre varon ni hembra, aunque al asomar por la loma nos pareció ver poblados de labriegos estos campos.

— ¡Ah, señor! exclama sobresaltado un mancebo que camina á la diestra del que llevaba pendon verde, también está desierto el castillo, que si así no fuera no estaria cerradas sus ventanas, y mi señora doña Jimena no nos dejara llegar sin asomarse á vernos.

— Verdad dices, Gil: grandes desgracias han de haber sucedido en Vivar, en tanto que nosotros andábamos á la guerra.

— ¿Y no calculais, buen Cid, qué desgracias pueden ser esas? preguntó otro caballero. A fe de Martin Antolinez, os juro que si alguien ha osado ofender á vuestra mujer y á vuestras hijas, gastaré todos mis haberes alzando gente con que vengaros.

— Y Alvar Jañez Minaya otro que tal.

— ¡Todos gastarémos en vuestro servicio el último maravedí de nuestras arcas y la última gota de sangre de nuestras venas!

— ¡Sí, sí, y maldiga Dios al que en un cabello ofenda á tan buen caballero como vos sois! se apresuraron á añadir todos los que componian el resto de aquella corta pero lucida mesnada.

— De corazón os lo agradezco, dijo el Cid conmovido y alborozado al ver en torno de sí tan leales amigos. Ya sé, añadió, que sois tan generosos amigos como esforzados lidiadores. Mas harto temo que no me sea dado combatir á mis enemigos, porque tiran la piedra y esconden la mano: malquistanme con el rey aquellos que cara á cara me adulan en la corte, y el rey viene á ser el instrumento de su envidia y sus rencores, de manera, amigos míos, que para vengar los agravios que recibo hubiera menester osar á mi rey y señor.

Todos los caballeros guardaron silencio ante la observación de su noble caudillo.

Gil, el hermoso mancebo que caminaba á la diestra del Cid, parecia el mas preocupado y triste de todos, y sus ojos estaban constantemente fijos en las ventanas del castillo que continuaban cerradas.

El Cid le miraba con la ternura de un padre, y parecia comprender perfectamente el sentimiento que dominaba en su alma.

Los caballeros se acercaron al fin al castillo.

El puente estaba bajo, el rastrillo alzado y solo una puerta que á continuación de este último aparecia cerraba la entrada al castillo. Reinaba allí un profundo silencio, y el edificio parecia completamente deshabitado, como que la yerba empezaba á brotar entre las piedras de una calzada que partiendo del pié de la colina iba á perderse en la entrada de la fortaleza.

Uno de los servidores del Cid hizo resonar una bocina; pero nadie contestó á aquella señal.

— ¡Ah de mi castillo!... gritó el Campeador con voz robusta; pero tampoco recibí contestación alguna. Entonces acercó su caballo á la puerta y dió en esta con el cuento de su lanza.

La puerta, que solo estaba entornada, se abrió, y todos los caballeros penetraron en un ancho patio donde la yerba brotaba por todas partes, donde no se advertia huella humana, donde reinaba el mas profundo silencio. Multitud de aves que al parecer anidaban allí tranquilamente hacia tiempo, comenzaron á revolear espantadas al oír el ruido de las armas y los caballos, ruido que sin duda era ya gran novedad en aquel sitio.

El Cid, sus caballeros y sus servidores se sintieron dolorosamente conmovidos al contemplar la desolación que presentaba aquel edificio que tan animado dejaron al partir á la guerra, y sobre todo inciertos como estaban de la suerte que habia cabido á sus moradores.

Descabalgaron, pues, en el patio, y Rodrigo Diaz, acompañado de Martin Antolinez, Alvar Jañez Minaya y Gil, amen de algunos otros caballeros y servidores, se encaminaron á los aposentos altos del edificio, los que se pusieron á recorrer pintándose en sus semblantes la ansiedad y el dolor.

La desolación era completa en todas partes: las puertas estaban descerrajadas y rotas, las arcas vacías, las perchas sin pieles ni mantos, habia desaparecido la ropa de los lechos, la bajilla de oro y plata de los armarios, las armas de la recámara y hasta las jaulas de los halcones y los azores estaban vacías; ¡Hubiérase dicho que encarnizados enemigos habian entrado á saco el castillo!

El Cid que, sentado sobre una arca, hacia algunos momentos permanecía como abismado en profunda y dolorosa meditación, se levantó de repente con los ojos arrasados de lágrimas, y lanzándose á una espaciosa cámara donde se veia la armadura de uno ó mas lechos, exclamó con desesperación:

— ¡Dónde estais mi Jimena, y mi Sol y mi Elvira! ¿Dónde estais que no os encuentro aquí, en el solar de mis mayores, donde á vuestro lado gocé tanta dicha, donde al partir contra los enemigos de mi Dios y de mi patria os colmé de dulces ósculos, y os dejé fiado que quedabais tan seguras como si mi lanza y mi escudo os protegiesen! ¿Cómo no os encuentro cuando vengo á reposar á vuestro lado despues de largos dias de ausencia, de fatigas y de combates, de pasar las noches cabalgando en mi leal Babieca ó durmiendo en las desabrigadas tiendas de los campamentos!

Gil se acercó al Campeador con los ojos arrasados de lágrimas, y le dijo:

— ¡Señor, no os acuiteis de ese modo, que aunque vuestro dolor sea grande, no es bien que así se abata el Cid Campeador!

El Cid se indignó de su misma debilidad, y serenándose de repente, estrechó contra su seno al mancebo, y le dijo:

— Tienes razon, ¡oh mi buen Gil! Vergüenza y grande es que un caballero que nunca sintió pavora ni debilidad en los combates en que ha pasado casi toda su vida, se abata de este modo y aun lllore y se acobarde como una hembra! ¡Por Santiago de Compostela, que niño aun tienes ya mas seso que un hombre de lengua barba!

El mancebo se ruborizó como una doncella al oír aquel elogio, y dijo como para que el Cid mudase de conversación:

— Señor, fíemos que en Búrgos hemos de hallar á mi señora doña Jimena y las niñas.

— Plegue á Dios y Santa María que así sea, respondió el Cid, y añadió dirigiéndose á todos los circunstantes:

— ¡A Búrgos, mis caballeros y servidores! ¡Aguijemos sin treguas hasta llegar á Búrgos!

Algunos momentos despues tomaron el camino de Búrgos el Campeador y su mesnada.

III.

— Paréceme, dijo Martin Antolinez, que debiéramos llamar en alguna de estas casas que hay cabe el camino para informarnos de esta gran novedad.

— No harémos tal, Martin, contestó Rodrigo, que acercarnos á esas casas sería contemplar nuevos cuadros de desolacion, y hartos nos han contristado ya. ¿No veis que todas ellas tienen trazas de estar deshabitadas?

— Mas es triste cosa que estemos en esta cruel incertidumbre cerca de tres horas que tardarémos en llegar á Búrgos.

— Aguijemos sin cesar nuestras cabalgaduras para reducir á la mitad ese tiempo, que espero hallar á mi familia en mi casa de Búrgos.

— Si, eso debemos hacer.

Babieca pareció comprender las palabras y los deseos de su señor, pues ántes que este le arrimase el acicate apretó el paso y las demás cabalgaduras le imitaron.

La noche acababa de cerrar cuando nuestros caballeros se acercaban á Búrgos.

Iban ya á entrar en la ciudad cuando en una atalaya que se alzaba en la entrada del Norte sonó una campana. Aquel toque produjo una agitacion singular en la ciudad: oyóse un extraordinario y prolongado murmullo acompañado de ruido semejante al que produce el cierre de muchas puertas y ventanas, y á los pocos momentos todo calló y quedó sumido en profunda oscuridad.

El Cid y los suyos se detuvieron un momento asombrados por el misterio que los rodeaba. La luna que hasta entonces habia estado velada por un espeso nubarrón, rompió en aquel instante sus prisiones y se mostró clara y hermosa sobre un fondo trasparente y azul.

El Cid y los que se hallaban á su lado sintieron en torno suyo un ruido semejante al aleteo de las aves: alzaron la vista y vieron revolotear sobre su cabeza dos cornejas, una negra y otra blanca, es decir, una de buen agüero y otra de malo, segun la creencia de aquellos tiempos.

— El mal y el bien nos rodean, exclamó el Cid; el mal va pasando, pues hace dos horas que le tocamos y nos acercamos al bien. ¡Adelante, mis caballeros y servidores!

Y todos se encaminaron á la ciudad. Todo continuaba en silencio en las plazas y las calles que atravesaban. Densos nubarrones se iban amontonando en el cielo, y una espesa niebla envolvía á Búrgos. Únicamente turbaban aquel silencio los sollozos que se oian de cuando en cuando en el interior de algunas casas.

Dirigiéronse los recién llegados á la del Cid, que se hallaba en el extremo occidental de la ciudad al pié del empinado cerro donde se alzaba el alcázar, y su sorpresa llegó al colmo cuando la hallaron cerrada y silenciosa como todas las demás.

— ¡Ah de mi casa!... ¡ah de mi casa!... gritó el Cid con voz atronadora. Pero no obtuvo respuesta.

— ¡Ah de dentro! ¡ah de dentro! gritaron sus caballeros y servidores. Pero los de dentro, si los habia, no respondieron.

Entonces el Campeador acercó el caballo á la puerta, sacó el pié del estribo y dió á aquella una fuerte patada. Pero la puerta no se abrió.

— ¡Derribemos la puerta! exclamó el Cid. ¡Santiago de Compostela! ¿quién osa cerrarme las puertas de mi casa?

En aquel instante se abrió una ventana que daba sobre la puerta de una casa frontera, y una hermosa niña de nueve años se asomó á ella, y dijo:

— ¡Campeador, el que en buen hora ciñe espada! Sabed que desde Leon donde está, ha mandado el señor rey su carta vedando á todos sus vasallos el daros posada, el venderos pan, carne y vino, y hasta el hablar con vos, so pena de perder-los haberes y los ojos de la cara, porque es su mandado que salgais de esta tierra ántes que sean pasados nueve dias, y para que tal hagais no teniendo vianda que yantar ni lechó en que dormir hase entrado á saco de su órden vuestra casa de Vivar y esta que aquí teneis. Campeador, nada ganais con nuestro mal: ¡idos y que os valgan Dios y Santa María!

Pasmados quedaron el Cid y los suyos al oír á la niña; mas el primero preguntó á esta con ansiedad:

— ¿Dónde están mi mujer y mis hijas?

— Señor, en San Pedro de Cardena están, contestó la niña, y se quitó de la ventana.

El Cid inclinó con profundo dolor su noble y gloriosa frente, aguijando en silencio á Babieca para salir de la ciudad. Todos sus caballeros y servidores le imitaron; pero al acercarse á la iglesia de Santa María, el honrado caudillo castellano se detuvo y dijo:

— A San Pedro de Cardena voy, mis honrados amigos, ganoso de abrazar á mi mujer y á mis hijas, porque bien sabeis que ha mucho me lloran ausente. Despues iré á tierra de moros donde, con la ayuda de Dios, espero ganar la honra y los haberes que mis enemigos malos me quitan. Si entre vosotros hay quienes quieran participar de mi destino, agradecérselo he de corazon.

Todos cuantos componian la mesnada se apresuraron á jurar al Cid que le acompañarian aunque fuera hasta el fin del mundo.

El generoso caudillo se sintió profundamente conmovido ante aquellas muestras de lealtad, y hubiera querido estrechar contra su corazon á cuantos se las daban.

— Apresurémonos, dijo, á salir de Búrgos, que si aquí permanecemos algunos instantes mas, tan hospitalarios y buenos son los burgaleses y tal es la aficion que nos tienen, que nos abrirán las puertas de sus casas, y sin querer concitarémos contra ellos el enojo del rey. Posarémos en la Glera allende el Arlanzon, y Dios nos mostrará allí el camino que debemos seguir.

Todos siguieron adelante.

Al pasar frente la iglesia de Santa María, descalbó el Cid, y lo mismo hicieron los que le acompañaban. Hincaron todos los hinojos á la puerta del templo, y despues de orar reverentemente un buen rato, tornaron á cabalgar y pasaron la puente de Arlanzon.

IV.

Apénas salieron de Búrgos el Cid y los suyos, comenzó á soplar un recio viento de Levante que barrió no solamente la niebla que se habia ido acumulando sobre la ciudad, sino tambien los oscuros nubarrones que entoldaban el cielo.

Ya hemos visto que el Cid y sus caballeros, no porque fueran valientes dejaban de ser dados á pronósticos, acháque de aquellos tiempos mas bien que del carácter particular de aquellos hombres.

El Cid dijo á los que á su lado caminaban:

— Héos dicho, amigos míos, que Dios nos mostraria el camino que debémos seguir, y mis esperanzas se cumplen. ¡Apresurémonos á alejarnos de Búrgos! Conforme nos acercábamos á la ciudad se oscurecia el cielo, faltaba luz á nuestros ojos y alegría á nuestro corazon; á medida que nos alejamos, el cielo se esclarece, brilla la luna. Tengo para mí que este es un aviso de Dios; cuanto mas nos alejemos de esta tierra, mas nos acercarémos á la luz y la bienandanza. Salgamos de Castilla, que léjos de ella hemos de hallar la gloria y la libertad que apetecen todos los buenos.

— Señor, respondieron los que estas palabras oian, vuestra opinion es la nuestra, lo que vos determineis eso harémos nosotros.

— Sí, continuó el Cid, tornarémos á tierras de moros y pelearémos allí hasta que la fama de nuestros hechos diga á D. Alfonso y aun al mundo entero cuán indignos somos de que se nos arroje de Castilla, como al mas ruin de todos los castellanos.

— Ciertamente pasma y espanta el que D. Alfonso siendo tan esforzado y cumplido caballero, tenga al Campeador en tan poco. Tamaña injusticia pudiera esperarse del conde de Cabra, de los de Carrion y otros mal llamados caballeros que desprecian la profesion de las armas, á fuer de ineptos para ejercerla, mas no así del rey que con su espada ha ganado ya el apellido de Bravo....

— Bien pensais, Minaya, contestó el Cid; no al señor rey D. Alfonso, sino á esos ruines caballeros que habeis nombrado debo el ser echado de la tierra.

— Señor, preguntó Gil, ¿no sospechais en qué pueda fundarse el rey para desterraros tan airado, que ni aun os da el plazo de treinta dias, que la ley concede á los hijosdalgo?

— Nada sospecho, Gil, ni nada quiero averiguar: D. Alfonso es mi rey y señor, y solo me cumple obedecerle como buen vasallo que siempre he sido.

— Señor, exclamó el mancebo agitado e indignado sobre su cabalgadura, renegara yo mil veces á quien hubiera servido como vos á la vuestra si me diera el ruin pago que á vos da Castilla....

El Cid miró con severidad al mancebo como dispuesto á dirigirle una amarga reconvencion; pero vió brillar en su mejilla una lágrima, trocó de repente la severidad en benevolencia y dijo:

— ¡Oh buen Gil, cómo desdican esas palabras del seso con que hablas siempre!

— Razon teneis, señor, contestó humildemente el mancebo: Castilla no es quien os destierra....

— Castilla, le interrumpió el Cid, viste luto al ver el ruin pago que se da á los que bien la han servido. Y aunque ella fuera quien me apartase de su reino, ¿piensas, mi buen Gil, que renegara de ella? Por la honrada madre que me parió que no hiciera tal. Acuérdomes que mi buen padre Diego Lainez me dijo al espirar: «Muero contento, hijo mio, porque el heredero de mi nombre, heredero es tambien de mi amor á Castilla.»

— Señor, dijo Gil, muy niño aun me recogisteis en un campo de batalla, y vos y mi señora doña Jimena me habeis servido de padres. Vos seguís la senda que recorrió el vuestro, dejadme seguir la que recorre el mio. ¡Pluguiera á Dios darme brazo tan robusto y corazon tan animoso como á vos dió para pelear con fruto por la gloria de Castilla! Pero débil y apocado como soy, dejad, señor que continúe siempre á vuestro lado, participando de vuestras alegrías y vuestras tristezas.

— Sí, sí, mi buen Gil, exclamó el Cid enternecido; participarás de mis trabajos y mi gloria. Débil era yo cuando por primera vez vestí la loriga y empuñé la lanza para lidiar por la santa cruz; pero Santiago de Compostela mi patron me niegue su ayuda si no adquirí mas fuerza en un dia pasado en el campo de batalla, que en un año pasado en la blandura y el regalo de

mi casa. Rogásteme algunos años ha que te dejara encerrar en San Pedro de Cardena, donde el abad D. Sancho te instruyese en las letras que sabe á maravilla, y accedí de buen grado á tu deseo creyendo que las letras eran tu vocacion. Aprendíste las, y entonces te inclinaste á la caballería... Bien vengas á ella, que siempre oí decir que las armas y las letras no están del todo reñidas.

Nuestros interlocutores suspendieron su plática porque acababan de entrar en la Glera, sitio en que, como ya sabemos, se habian propuesto hacer alto para deliberar acerca de su situacion.

V.

A pesar de que su nombre equivalia á arenal, era la Glera un prado.

Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadero para un home cansado,

como hubiera dicho el cantor de Santo Domingo de Silos.

Allá á lo léjos se descubrian vagas y misteriosas las torres de San Francisco de Cardena, cuya vista hizo exhalar un suspiro de alegría á Rodrigo y otro á Gil Diaz, porque allí estaban Jimena y Sol y Elvira á quienes ambos amaban entrañablemente y á quienes no habian visto hacia mucho tiempo.

Descabalaron, pues, en aquel delicioso prado, y caballeros y escuderos se ocuparon algunos instantes en alzar las tiendas, mas por costumbre que por necesidad, pues la temperatura era templada y hermosa.

En la tienda del Cid se reunieron los principales caballeros, y aquel les dijo:

— Bien sabeis, amigos míos, que ganosos de llegar á Vivar, ninguno de los que componemos la mesnada hemos yantado desde que al quebrar albos nos pusimos en camino, y duéleme en el alma, porque pudieramos desmayar ahora que mas que nunca hemos menester ánimo para salir del apretado trance en que mis enemigos me han puesto. Y vano será que tratemos de comprar vianda en la ciudad, porque no nos vendrán habiéndolo vedado el rey.

— Yo, respondió Antolinez, arrostraré el enojo del rey por tal de abastecer de pan y vino á la mesnada. Así, como vos pensais ir á Cardena á abrazar á vuestra familia, yo pienso tornar á Búrgos á abrazar á la mia, y entonces traeré la vianda que haya en mi casa, si quiera no me sea dado tornar nunca á Castilla y el rey confisque mis bienes.

— Merced, buen Antolinez, dijo el Cid estrechando la mano del burgalés de pro, como llama á Martin la crónica.

— Pluguiera á Dios, repuso Antolinez, que tuviera un tesoro de rey para ayudaros con él á alzar una invencible hueste con la cual pudiérais combatir á los infieles y recobrar la honra y los haberes que os quitan.

— No un tesoro de rey necesitaria para eso, que me bastarian algunos centenares de marcos de oro. Con ellos la sostendria hasta salir de Castilla, y una vez en tierra de moros, nuestras lanzas nos darian haberes no solo para nuestro mantenimiento, sino tambien para enviar á Castilla.

— Pues mi parecer es, dijo Martin, que ántes de todo os proveais de haberes monedados, y luego echeis pregones por toda esta tierra para allegar gente que os siga á lidiar con la morisma. En Búrgos hay dos judíos por nombre Raquel y Vidas, que al olor de la logrería arrostrarán el enojo del rey falicitándoos el oro que necesitais.

— Pediranme garantías y no puedo darles mas que mi palabra.

— ¿Y por ventura vuestra palabra no vale oro?

— Cierito, mas Raquel y Vidas no pensarán como vos y yo pensamos.

— ¡Vive Dios! que me ocurre un medio de obviar esa dificultad.

— ¿Y cuál es, Antolinez?

— Con nosotros traemos dos arcas doradas y cubiertas de guadalmei que tomásteis á los moros llenas de oro y plata, oro y plata que distribuisteis á vuestros soldados en recompensa de su valor, creyendo que á vos bastaban las arcas vacias que mandásteis conservar como recuerdo de aquella presa. Llenarémoslas de arena, y dirémos á esos judios que lo están de alhajas, de oro y plata; rogarémosles que las guarden hasta vuestra vuelta, porque no es posible llevarlas, y en cambio les pediréis el oro monedado que necesitais.

(Se concluirá).

ANTONIO DE TRUEBA.

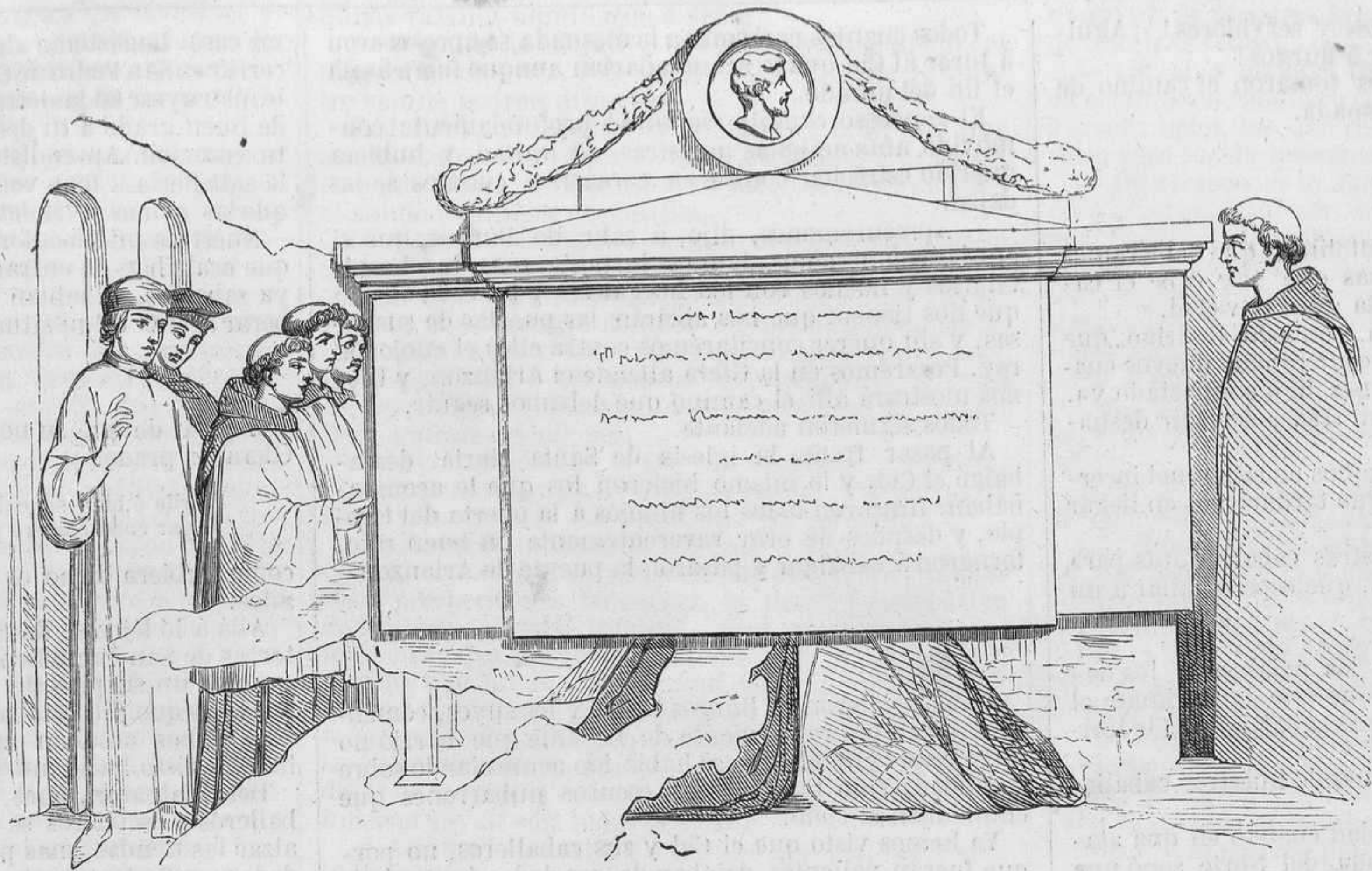
Los frescos de Giotto descubiertos en Florencia.

No hace mucho que los periódicos italianos anunciaron que se acababan de descubrir en la iglesia de Santa Cruz en Florencia unos frescos magníficos de Giotto que fueron embadurnados en la triste época en que Bernini empuñaba el cetro de las artes y Marini el de la poesía. He aquí como estos frescos han salido de nuevo á la luz del dia, que jamás habrian debido perder.

Los religiosos de Santa Cruz encargaron al Sr. C. Morelli, pintor distinguido de Roma, establecido en Florencia bajo los auspicios del principe Anatolio de Demidoff, que adornase con pinturas al fresco una de las diez capillas del crucero de aquella iglesia. Morelli se acordó que habia leído en Vasari que esta capilla fué

pintada por Giotto así como las otras dos que se encuentran paralelas, y ántes de principiar sus trabajos la examinó atentamente por todas partes á fin de descubrir si quedaban algunas señales de aquellas pinturas preciosas. Mirando bien el arco de la entrada, creyó distinguir auréolas en relieve cubiertas por los brochazos del embadurnador; esto fué para él un buen indicio, y ya no le quedó la menor duda de que los frescos existían todavía.

Comunicó pues sus sospechas, ó por mejor decir, sus esperanzas al superior del convento, y se apresuró á declararla que no pondría manos á la obra hasta despues de cerciorarse bien del caso que ocurría. En efecto, quitaron los enmaderamientos del altar, y en el sitio que quedó libre hallaron dos figuras pintadas al fresco sobre la pared. Al punto el señor Morelli se puso á raspar las grandes paredes laterales que estaban en-



Las exéquias de San Francisco de Asis.

En el tercer compartimiento de esta pared el artista florentino ha representado la vision del papa Inocencio III. Este pontífice se halla tendido sobre su cama con una de sus manos entre su mejilla y su almohada. Cerca de su cabecera está arrodillado un prelado jóven con sotana roja, que apoya su mano derecha sobre su frente cargada de sueño, y deja caer su brazo izquierdo con una expresion de cansancio. Jamás el genio de un pintor ha manifestado mejor con la ayuda del lápiz y el pincel ese estado de abatimiento y de postracion que nace de una falta de sueño prolongada.

Estas dos magníficas figuras es todo lo que queda de la composicion; las demás se hallan perdidas para siempre á causa de la construccion de una de las tumbas de que hemos hablado mas arriba.

El compartimiento superior de la otra pared no es-



Arnolfo de Lapo, arquitecto..

en medio de sus frailes cuyas doce cabezas son de una hermosura incomparable.

En la composicion de debajo está S. Francisco delante del sultan de Egipto Meledin. Este principe se halla sentado sobre un trono cubierto de adornos góticos sostenido por columnillas retorcidas. La expresion de su fisonomia es admirable; su barba es de un trabajo tan precioso que casi se podrian contar todos los pelos que hay en ella. En la cabeza lleva un turbante blanco con una corona; su vestido consiste en una túnica amarilla adamascada, sobre la cual flota un manto rojo de un color muy vivo; con la mano izquierda levanta la orla de este manto, y la derecha señala á S. Francisco. Tiene los ojos fijos en los ulemas y los visires que forman su córte, á quienes el lenguaje del apóstol cristiano enciende en horror y en ira. Uno de ellos, sobrecogido de una consternacion profunda oculta su rostro en su mano derecha envuelta en una parte de su vestidura. Mas cerca del sultan se ven dos niños moros de cutis bronceado, con túnicas blancas y turbantes blancos. La fisonomia de S. Francisco está verdaderamente inspirada; su mirada centellea, su boca habla. Detrás de él está un fraile que le escucha con la mas religiosa atencion, y que se extasia oyendo sus palabras. Sus dos manos medio ocultas en las largas mangas de su hábito, se cruzan en la actitud de la meditacion y del respeto. El fondo es de adornos moriscos pintados con diversos colores, entre los cuales domina el color verde.



El sultan Meledin.

teramente blancas, y no tardó en descubrir bajo la capa de yeso que las cubria, cabezas, manos y figuras enteras en un estado de perfecta conservacion. El pintor rebosando de júbilo llamó á los frailes para hacerles partícipes de su gozo y su admiracion, y en el acto quedó resuelto que la operacion se extendiera á toda la capilla para dar á la obra de Giotto su antiguo esplendor, en lo posible.

Morelli continuó trabajando con ardor, y al cabo de pocos dias la mayor parte de los frescos estaban al aire libre. Entónces hizo calcos de las principales figuras de cada composicion, y por ellos se han sacado los dibujos que acompañan.

Desgraciadamente por los años de 1819 elevaron sucesivamente en esa capilla dos mausóleos de mármol que fueron incrustados en las paredes laterales, para cuya operacion hubo que cortar la pared en una gran parte de su longitud, y por consiguiente sin quererlo y sin saberlo, se mutilaron los dos compartimientos inferiores de las pinturas del ilustre Giotto.

Estas pinturas representan diferentes rasgos de la vida de S. Francisco de Asis. Cada una de las paredes que adornan se halla dividida en tres cuadros sobrepuestos: el de encima de la pared meridional representa á S. Francisco recibiendo del papa Inocencio III la bula que aprueba la institucion de la órden de los franciscanos. El pontífice se halla sentado en un sillón en cuyo derredor se ven una porcion de obispos y cardenales. Al pié del estrado se ve á S. Francisco de rodillas



Vision del papa Inocencio III.

taba aun bastante limpio cuando hemos visto la capilla para que pudiéramos formarnos una idea, ni aun aproximada, del asunto que representa. El compartimiento situado debajo, encierra una composicion de un órden secundario.

En cambio la tercera composicion de esta misma pared nos ofrece una de las mas bellas páginas de la pintura al fresco, ó *toichografia*, segun la expresion griega. Desgraciadamente, la tumba que está en medio ha hecho desaparecer para siempre mas de la mitad de esta pintura. En lo que resta se ve el féretro donde se halla depositado el cuerpo del santo; delante de él hay una figura cubierta con un vestido rojo de un colorido tan brillante, que difícilmente se hallaria su rival, entre las obras de los antiguos maestros. Un religioso está de rodillas cerca del catafalco con una vestidura tan ligera, que aunque envuelve enteramente sus pies deja adivinar todas las formas. A la izquierda se ve un fraile cuyo rostro manifiesta la mas viva desesperacion, y á la derecha hay otros prelados en hábitos sacerdotales. Detrás se ven dos figuras en una de las cuales Giotto, segun dice Vasari, representó el retrato de su amigo, Arnolfo di Lapo, el arquitecto de Santa Cruz y de la catedral de Florencia.

Se ha determinado que las tumbas serán demolidas y los frescos restaurados, y es regular que muy pronto la capilla de la iglesia de Santa Cruz recobrará el antiguo esplendor que debió al talento de Giotto.

Revista de Paris.

Ya advertimos en nuestra última revista que quizá mas de una vez durante la cuaresma consignariamos en nuestras columnas de crónica semanal mas de una noticia de fiestas, bai-

les y conciertos. No tardamos por cierto en cumplir lo prometido, pues empezamos hoy señalando á la atención de nuestros lectores, por medio del dibujo que figura entre estas líneas, una de las maravillas mas esplendentes del último baile del Hotel de Ville. Sin embargo, justo será decir en descargo

de la conciencia municipal y de la nuestra, que el baile á que se refiere nuestro grabado tuvo lugar la víspera del domingo de carnestolendas; el momento no podia ser mas propicio para dar rienda suelta á la alegría, y sin duda lo hubo de comprender así toda aquella brillante concurrencia que circulaba



Baile dado en el Hotel de Ville, el 17 de febrero, adorno hidráulico del vestibulo.

en los dos kilómetros de salones que con una magnificencia sin igual tenia abiertos á sus convidados el señor prefecto del Sena.

El palacio estaba cubierto de adornos del mayor gusto y ri-

queza, pero lo mas sorprendente de todo cuanto se veia era el ornato del vestibulo. Entre las dos gigantescas escaleras por donde se subia á los salones, una inmensa cascada derramaba sus ondas transparentes por la escalera del patio de Luis XIV,

y se perdia en un vasto estanque rodeado de flores y de verdura. El motivo principal de esta improvisacion acuática que ocupaba toda la anchura del vestibulo, era Venus enseñando al Amor á guiar su concha.

Se calcula que cada uno de estos bailes debe costar unos veinte mil pesos fuertes, á lo cual se puede añadir que las personas que brillan en ellos han de gastar al menos triple cantidad, y esto es ahora que somos pocos, pero ¿qué será cuando en los meses venideros el prefecto del Sena, para solemnizar la Exposición Universal, mande construir la tienda que proyecta donde podrán bailar la polka veinte mil personas? La industria parisiense amontonará en este verano los tesoros de Crespo.

Pero no adelantemos el curso natural de los acontecimientos, y ya que hemos hablado de este último baile del Hotel de Ville, detengámonos un instante en la narración de cierta aventura doméstica de cuya autenticidad podríamos responder personalmente.

Una señora que ansiaba vivamente asistir á una de estas fiestas prodigiosas del palacio municipal, vió entrar á las nueve de la noche en su aposento á su señor marido con una esquila de convite.

— Aquí tienes lo que tanto has deseado; vamos al Hotel de Ville.

— Es verdad, y te lo agradezco mucho, amigo mio, pero ya sabes que para ir al baile es preciso vestirse.

— En efecto...

— Sí, pero para vestirse hay que tener vestido; ninguno de los que tengo me sirven, necesito uno nuevo, y estoy indecisa sobre su color; ¿le tomaré azul ó de color de rosa, qué me aconsejas?

— Pero te has vuelto loca, ¿ahora piensas en hacerte un vestido?

— Ciertamente.

— ¡Y no está empezado aun!

— Con tal de que le acaben, nada mas necesito.

— Pero ¿sabes qué hora es?

— Son las nueve y cinco minutos; á las doce estaremos en el Hotel de Ville.

— Vaya, te digo que estás loca.

— No por cierto; siéntate ahí y escribe á mi modista; yo dictaré la carta.

Mientras el marido tomaba la pluma con una docilidad encantadora, la esposa llamaba á su criado.

— Antonio, le dijo al verle entrar, manda enganchar la berlina, dí á Joaquin que tome un cabriolé y que en seguida me traiga el peluquero. Ahora escribe, añadió volviéndose hácia su marido.

« En cuanto reciba Vd. esta carta, tome Vd. consigo sus cuatro oficiales mas ligeras y entendidias, suba Vd. al carruaje que la envío, pase Vd. por la tienda que ya sabe y elija Vd. las mejores telas para vestidos de baile que se encuentren en ella, no se venga Vd. sin ocho ó nueve piezas. Necesito un vestido para esta noche, y es preciso que esté concluido á las once y media; ya me entiende Vd., ¿cueste lo que cueste!

— ¡Cueste lo que cueste! repitió el esposo con un fuerte suspiro.

— Está bien, cierra la carta, y que Antonio la lleve corriendo en la berlina.

— Es imposible que puedan hacer un vestido en tan poco tiempo, exclamó el marido despues de haber ejecutado la orden de su mujer.

— Allá lo veremos.

— Lo que sucederá es que no iremos al baile esta noche.

— El vestido estará hecho, amigo mio, no tengas duda en ello.

A poco rato llegó la modista con las telas y las cuatro costureras. Se eligió el color de rosa, y muy luego se pusieron en movimiento las tijeras y las agujas. El gabinete se habia convertido en un obrador, y la tarea adelantaba á pasos de gigante. Cuando la señora se puso el vestido apénas hilvanado, ya no se le quitó; se le acabaron puesto; á las once y media la obra estaba terminada, y era una obra admirable de todo punto.

A las doce el vestido nuevo hacia su entrada en el baile. — Estos prodigios solo se realizan en Paris, y aun es preciso para ello que una mujer á la moda los dirija.

Pasemos á otro asunto.

Un advenedizo enriquecido recientemente por su acierto en las jugadas de Bolsa, da todos los miércoles grandes reuniones en la soberbia casa que debe á la fortuna. El tal especulador que conoce el valor del dinero, y procura poner su vanidad de acuerdo con su economía, habia convidado á comer el miércoles á uno de los cantantes mas famosos del teatro de la Opera francesa. El convite llevaba malicia, pues era un medio de emplear gratuitamente al cantante para el mayor esplendor de su tertulia, y el banquero á muy poca costa se presentaba así ante sus amigos como un hombre que protege los principales talentos de la época.

Efectivamente, despues de la comida suplicaron al artista que cantara un poco, lo que le sorprendió y le puso descontento; creia que le habian convidado por su persona y no por su habilidad, y no teniendo el menor deseo de agradar con su voz al público aquella noche, se excusó respondiendo con mucha cortesía que le era imposible cantar porque estaba muy ronco.

— ¿De veras? exclamó en tono de reconvención la señora de la casa, digna esposa del banquero, ¡dice Vd. que está Vd. constipado y ha bebido tanto champaña á la mesa!

— ¿Ha tenido Vd. la paciencia de observarlo? preguntó el artista.

— Sí por cierto, ha bebido Vd. nueve copas.

— ¡Cómo! ¿las ha contado Vd.? ¡qué entretenimiento! repuso el artista riéndose á mas no poder con aquella enumeración que descubria el espíritu observador de una mujer que mira demasiado por sus intereses domésticos.

Y el cantante añadió seriamente:

— Yo tengo la costumbre de tomar vino de Champaña lo mismo cuando estoy bueno que cuando me hallo enfermo; en casa lo tengo exquisito, y suplico á Vd., señora mia, tenga la bondad de permitir que la envíe algunas botellas.

Y dicho esto saludó y se fué.

En efecto, á la otra mañana la señora del económico banquero recibia nueve botellas de vino de Champaña, lo que era reembolsar con usura las nueve copas que habia bebido en la comida.

Aquí concluyen nuestras noticias de la semana; ahora vamos á hablar un poco de literatura.

Nuestros lectores no conocen quizá las memorias de un ruso célebre, el conde Rostopchine, gobernador que fué de Moscou hace muchos años, y que redactó la historia de su vida en diez minutos. He aquí como el traductor francés que dias pasados nos regaló esta obra microscópica cuenta el capricho del conde:

Una señora dijo un dia al conde Rostopchine que deberia escribir sus memorias, y á la mañana siguiente el conde le presentó un rollito de papeles.

— ¿Qué es eso? le preguntó la dama.

— Mis memorias, la respondió, que he redactado en cumplimiento á vuestras órdenes.

La señora se quedó muy sorprendida de la prontitud del conde, y seguramente no esperaba lo que se va á leer en los siguientes párrafos:

I.

MI NACIMIENTO.

El 12 de marzo de 1765 salí de las tinieblas á la luz del dia. Me midieron, me pesaron y me bautizaron; nací sin saber porqué, y mis padres dieron gracias al cielo sin saber de qué.

II.

MI EDUCACION.

Me enseñaron mil cosas diversas y una porción de idiomas, y á fuerza de ser descarado y charlatan pasé á veces por hombre de talento. Mi cabeza se volvió una biblioteca atestada de libros incompletos, cuya llave he guardado cuidadosamente.

III.

MIS PENAS.

Me atormentaron mucho los maestros, los sastres que me hacian vestidos muy angostos, las mujeres, las ambiciones, el amor propio, los pesares inútiles, los soberanos y los recuerdos.

IV.

PRIVACIONES.

Me he visto privado de tres grandes gozes de la especie humana, á saber: el robo, la gula y el orgullo.

V.

ÉPOCAS MEMORABLES.

A 30 años dejé el baile, á 40 dejé de agradar, á 50 renuncié á la opinion pública, á 60 prescindí de pensar, y me quedé hinchado de sabiduría ó de egoismo, lo que viene á ser lo mismo.

VI.

RETRATO MORAL.

Fui testarudo como una mula, caprichoso como una mujer, alegre como un chiquillo, perezoso como una marmota y activo como Bonaparte, todo segun mi capricho.

VII.

RESOLUCION IMPORTANTISIMA.

No habiendo podido jamás hacerme dueño de mi fisonomía, dí rienda suelta á mi lengua y adquirí la mala costumbre de pensar en voz alta. Esto me proporcionó algunos buenos ratos y muchos enemigos.

VIII.

LO QUE FUI Y LO QUE HABRIA PODIDO SER.

Hice mucho caso de la amistad, de la confianza, y si hubiese nacido en la edad de oro, quizás habria sido un buen hombre como suele decirse.

IX.

PRINCIPIOS RESPETABLES.

Nunca me entremetí en ningun matrimonio ni en ningun chisme; jamás recomendé á cocineros ni médicos, de modo que no he atentado contra la vida de nadie.

X.

MIS GUSTOS.

Me gustó acompañarme de poca gente, y dí muchos paseos por los bosques. Tenia una veneración involuntaria por el sol, y cuando estaba en el ocaso me ponía yo triste. En cuanto á colores me gustaba el azul; en manjares, la vaca con rábanos; en bebidas, el agua fresca; en funciones, la comedia y la pantomima; en hombres y mujeres, los rostros abiertos y expresivos. Los jorobados de ambos sexos tenian para mí un encanto indefinible.

XI.

MIS AVERSIONES.

Siempre tuve aversion á los necios y á las mujeres intrigantes que hacen el papel de virtuosas; me repugnó la afectación, me dieron lástima los hombres teñidos y las mujeres con colorete, aborrecí los ratones, los licores, la metafísica y el ruibarbo, y me causaron el mayor espanto la justicia y los perros rabiosos.

XII.

ANALISIS DE MI VIDA.

Espero la muerte sin temor y sin impaciencia; mi vida ha sido un mal melodrama de grande espectáculo, en que desem-

peñé los papeles de héroe, de tirano, de enamorado y de viejo noble, pero nunca de lacayo.

XIII.

RECOMPENSAS DEL CIELO.

Mi mayor felicidad consiste en poderme llamar independiente de los tres individuos que rigen la Europa. Como soy bastante rico, no me encuentro mezclado en los negocios, y la música me interesa muy poco, no tengo nada de comun con Rotschild, Metternich y Rossini.

EPITAFIO.

Aquí reposa un caballero errante,
Un diablo viejo de vivir cansado,
De cuerpo y alma y corazon gastado,
Pasa sin detenerte, caminante.

De este modo concluyen las singulares Memorias del conde Rostopchine, gobernador de Moscou, memorias muy lacónicas por cierto, pero que acaso dicen mucho mas que otras obras del mismo género que se escriben y que se dilatan orgullosamente en muchos volúmenes.

MARIANO URRABIETA.

El combate de la vida.

HISTORIA DE AMOR POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

En este momento se interrumpió diciendo:

— Pero tal vez esté aquí: ¿es verdad? añadió dirigiéndose á Warden, cuyas miradas detenian á Breñaña.

— Sí, sí, debe estar aquí, cerca de nosotros. ¡Oh caballero, dejadme que la vea! Yo la he criado desde su mas tierna infancia. Yo la he visto crecer y embellecerse y yo quise impedir su fuga. ¡Si hubieseis visto la casa paternal despues de su partida! Ella era el alma, la alegría de toda la familia. Dejádmela ver... yo la quiero hablar.

Warden dirigia algunas miradas sobre Clemency llenas de compasion y de sorpresa, pero sin decir ni una sola palabra, ni hacer gesto alguno que indicase asentimiento. Clemency continuó:

— Tal vez ignore que todos le han perdonado, y que ella sola podría volver la alegría á toda la familia. Decidle que nada tema... ¡Si ella viese á su padre! ¡Oh! cobraría valor... Pero... decidme la verdad, caballero, ¿ha venido con vos?

— No, respondió M. Warden con un acento de tristeza notable.

Esta respuesta, sus vestidos de luto, su vuelta inesperada, y su tristeza, lo explicaban todo. María habia muerto.

Warden no trató de alejar esta idea aceptada por Clemency. En este momento un nuevo interlocutor entró en escena: era el abogado Snitchey.

— ¡Gran Dios! exclamó este con una voz conmovida y llamando aparte á Warden, ¿qué motivo os ha hecho volver?

— Un motivo doloroso, respondió Warden: si yo os dijese lo que acaba de pasar... si conocieseis las dificultades que me han obligado... y en fin, si supieseis el dolor que traigo conmigo...

— Ya lo adivino; pero ¿porqué os habeis dirigido á esta casa?

— ¿Porqué? Esperaba algunas noticias de mis amigos, á cuyo efecto dí las órdenes correspondientes á mi criado. Despues entré en esta posada, no solo porque me era desconocida, sino por ese sentimiento de natural curiosidad que experimentamos al contemplar las novedades que ofrece el país que hemos dejado por mucho tiempo. Por otra parte, esta casa está á alguna distancia de la ciudad, y yo no queria presentarme desde luego en la poblacion ántes de haberlos visto. Deseo saber qué juzgarán, y creo que vos podeis satisfacer mis deseos. Tal vez no tenia necesidad de todo esto, y sin vuestra maldita circunspeccion yo mismo me hubiera instruido de todo.

— ¡Nuestra circunspeccion! replicó Snitchey. Hablando en mi nombre y en el del difunto Craggs.... (Aquí M. Snitchey fijó sus ojos en la gasa de su sombrero, y moviendo la cabeza prosiguió): ¿cómo podeis con viso alguno de razon vituperar nuestra conducta, caballero Warden? Habiamos convenido que la causa de estas cuestiones no seria puesta jamás en tela de juicio. La cuestion no era de esas que los hombres graves y prudentes como nosotros pueden intervenir, y tomo nota de las observaciones hechas en otro tiempo por vos. ¿Nuestra circunspeccion decís? Cuando M. Craggs bajó á la tumba respetado, llevaba la firme convicción...

— Yo os habia prometido solemnemente, dijo M. Warden interrumpiéndole, guardar un absoluto silencio hasta mi vuelta, cualquiera que fuese la época en que esta se verificase, y he cumplido mi palabra.

— Muy bien, caballero; pero nosotros tambien estamos obligados á guardar la misma discrecion. Y tal vez no os convenga preguntarme acerca de un negocio tan delicado. Yo habia sospechado alguna cosa, pero no he sabido la verdad hasta estos últimos dias, habrá seis meses poco mas ó menos.

— ¿Y por quién la habeis sabido?

— Por el doctor Jeddler, que me ha confiado voluntariamente este secreto: él solo, caballero, él solo conocía la causa de ese acontecimiento.

— ¿Y vos lo sabeis ahora?

— Ahora, respondió Snitchey. Sin embargo, yo creo que este secreto será revelado mañana mismo á su hermana. El doctor lo ha prometido, y espero que mientras se prepara el giro favorable que debe darse á este asunto, aceptaréis la hospitalidad que os ofrezco en mi casa, y de esta suerte podréis evitar las dificultades que ya habeis experimentado en semejantes ocasiones, á pesar que estais de tal modo desconocido, que yo hubiera pasado cerca de vos sin notarlo... Por lo tanto, comeremos aquí, y al anochechar nos iremos á pie. En esta fonda se guisa perfectamente... El difunto Craggs y yo veniamos de tiempo en tiempo á comer algunas chuletas, y nos servian á nuestra satisfaccion... ¡Ah, caballero! añadió Snitchey cerrando un instante los ojos, el pobre Craggs ha sido borrado demasiado temprano del libro de la vida.

— No me perdone el cielo, señor de Snitchey, replicó Warden, si yo no participo de vuestra aplicacion. No lo dudeis, caballero, la muerte de Craggs me tiene altamente desconsolado.

Pero mientras que Warden hablaba de este modo, dirigia sus ojos sobre Clemency y sobre Benjamin, que hacia esfuerzos inútiles por consolarla.

— M. Craggs, prosiguió Snitchey, no encontró la vida tan fácil en la práctica como la predicaban sus teorías; si así no hubiera sido, todavía permanecería á nuestro lado. Para mí ha sido una pérdida irreparable. Era mi brazo derecho, mi pierna derecha, mi ojo derecho. ¡Pobre Craggs! sin él yo no sé qué hacerme. Instituyó por heredera á su senora en toda la parte que de nuestra sociedad le pertenecía. Y como la casa lleva todavía su nombre, yo he cometido la niñería de ocultar á la viuda la muerte de su marido, y por eso habeis observado que siempre hablo en mi nombre y en el del difunto Craggs... ¡Pobre Craggs! añadió el sensible abogado sacando el pañuelo del bolsillo.

Cuando M. Snitchey hubo acabado de hablar, Miguel Warden, cuyos ojos habian estado fijos en Clemency, se volvió á su interlocutor diciéndole algunas palabras en voz baja.

— ¡Pobre muchacha! exclamó Snitchey moviendo la cabeza; ella ha sido siempre fiel á su querida María. ¡Pobre María! Vamos, no os desconsoléis, señora; yo os doy ahora este título porque estais casada.

Por toda respuesta, Clemency suspiró y movió tristemente la cabeza.

— Bien, bien, espere Vd. á mañana, prosiguió el abogado con un acento lleno de bondad.

— ¿Para qué? ¿pueden acaso mañana resucitar los muertos? replicó Clemency sollozando.

— Tanto como eso no. Si resucitasen mañana, volveriamos á ver á nuestro difunto Craggs. Pero... ¡quién sabe!... el día de mañana puede traer circunstancias atenuantes... puede traer algunos consuelos... En fin, espere Vd. á mañana, añadió tendiendo la mano á Clemency.

Clemency tomó la mano del doctor con aire de abnegacion, y Bretaña que habia estado dolorosamente conmovido por la desesperacion de su mujer, dió su aprobacion á los consejos del doctor. En seguida este y Warden subieron la escalera y comenzaron en voz baja una conversacion bastante reservada, y cuyo secreto estaba bastante protegido, gracias al ruido de los platos y de las sillas, gracias al chisporroteo que producía la sarten, al hervor de los pucheros y á todo el movimiento que se notaba en el piso bajo de la fonda para preparar la comida de los dos huéspedes.

La jornada del siguiente día fué bella y tranquila, y las preciosas y variadas tintas del otoño se habian presentado mas espléndidas en el agradable jardín de la casa del doctor.

Mas de una vez, desde la fuga de María, las nubes de las noches de invierno y las resacas hojas del estío habian desaparecido... Las madre selvas del pórtico habian florecido de nuevo, y los árboles protegían la yerba con su variable y salutar sombra. El paisaje presentaba toda la dulce serenidad de los mas bellos días del año. Pero ¿en dónde estaba María?

María no estaba allí: su presencia en la morada paternal hubiera producido un cambio mucho mayor que el producido por su desaparicion; pero en el lugar que aquella ocupaba de costumbre, se encontraba una hermosa joven cuyo corazón habia conservado siempre con inexplicable ternura el recuerdo de María, recuerdo inalterable y lleno de brillantes promesas y de esperanza. Esta joven, madre ahora y que tenia á su lado á la hija infantil que adoraba, habia guardado pura é intacta toda la ternura que siempre habia sentido por María, cuyo nombre resbalaba por sus labios en este momento.

El espíritu de la hermana perdida respiraba en los ojos de Gracia. Era el día del doble aniversario del cumpleaños de María y del matrimonio de Gracia. Gracia estaba en el jardín con su hija y su marido. Este no habia llegado á ser ni viejo ni rico, ni habia olvidado tampoco las escenas, ni las amistades de la juventud; en una palabra, no habia justificado ninguna de las predicciones del anciano doctor; pero por las visitas bienhechoras tan repetidas como ignoradas que hacia á la morada del pobre, por las vigilias que pasaba á la cabecera de los enfermos, y por el profundo conocimiento que habia adquirido acerca de todas esas virtudes modestas que florecen en el sendero de la vida, y que en lugar de ser indiferentes á los ojos de la po-

breza, nacen libremente en ella y embellecen el camino de sus días, él habia aprendido mucho y experimentado asimismo toda la verdad de las primeras creencias.

Las costumbres de su vida, aunque tranquilas é ignoradas, le revelaban con bastante frecuencia que los hombres, como en los tiempos patriarcales, están en continuo contacto con los ángeles, y que las mas humildes criaturas humanas, como los mismos potentados, aparecen radiantes de gloria cuando socorren el dolor, las necesidades y el sufrimiento de los pobres.

La vida tenia un objeto mucho mas noble que si la hubiese pasado en las terribles luchas de la ambicion. Era feliz con Gracia.

— ¿Y María la habia olvidado?

— Las horas han pasado rápidamente desde esa noche lamentable en que nos dejó María, querida Gracia, dijo Alfredo; y sin embargo, me parece que ha transcurrido demasiado tiempo. Es verdad, nosotros no contamos por los años trascurridos, sino por los cambios y los acontecimientos que han pasado entre nosotros.

— Los años no han dejado de seguir su curso, respondió Gracia. Seis veces, querido amigo, contando desde esa noche, hemos venido á estos lugares á saludar otros días de su cumpleaños; y siempre hemos hablado aquí de la dicha que experimentaríamos con su venida, tan vivamente esperada y siempre tan diferida. ¡Cuándo tendremos semejante felicidad!

Alfredo fijó sus ojos en Gracia, y viendo las lágrimas que brotaban de los suyos, se aproximó á ella y la dijo:

— ¿Pero María no os decía en la carta en que se despedía, que pasarían algunos años antes que se verificase su vuelta? ¿No es eso lo que decía en su carta?

Gracia sacó del seno una carta y la besó.

— ¿No os decía, prosiguió Alfredo, que durante su ausencia, cualquiera que fuese la fortuna de su vida, pensaria siempre en el día en que reunidos todos, se explicase todo lo pasado, y que no perdiérais esa esperanza?

— Sí, Alfredo.

— ¿Y no os ha dicho lo mismo en todas las cartas que os ha dirigido despues?

— Excepto en la última, contestó Gracia, en la que me hablaba de vos y de ciertas revelaciones que debían de hacerse esta noche.

Alfredo volvió sus ojos al sol que declinaba rápidamente, y prosiguió:

— El momento de esas revelaciones se ha fijado para la hora vespertina.

— Alfredo, replicó Gracia, poniendo con viveza la mano sobre el hombro de su marido... En esta carta, en esta carta tantas veces leída por mí, escuchad, hay algo que me pertenece y de que nunca os he hablado; pero yo no puedo ni debo ya ocultaros este secreto.

— Explicaos, querida mía.

— En el momento de dejarnos María, me escribia lo que vos le habiais confiado en otros tiempos acerca de mí, y me rogaba en nombre de mi cariño por ella y por vos, que no rechazase la inclinacion que vos me teniais, y que por el contrario, la alimentase y la recompensase.

— Y de ese modo queria volverme mi felicidad perdida.

— Y queria tambien que yo viviese feliz y honrada con vuestro nombre, respondió Gracia apoyándose en el brazo de su marido.

— Escuchadme, escuchadme, querida amiga, dijo Alfredo deteniendo á Gracia y estrechándola cariñosamente contra su pecho; ya sé porqué hasta hoy no me habeis leído esa parte de la carta; ya sé porqué en todo ese tiempo ni vuestras palabras, ni vuestras miradas os han hecho traicion; sí, querida amiga; ya no ignoro porqué, á pesar de vuestra tierna amistad, mostrabais esa repugnancia en casaros conmigo, y sabiéndolo todo, conozco el inapreciable valor del corazón que ahora estrecho contra el mio; y doy gracias á Dios por haberme concedido tan rico tesoro.

Gracia derramaba un torrente de lágrimas, pero lágrimas llenas de amor y de ternura.

Pasados algunos instantes, Alfredo dirigió sus ojos á la niña, que se divertía jugando con un cesto de flores, y llamó su atencion para enseñarle las brillantes ráfagas de luz que encendían el horizonte.

— Alfredo, exclamó Gracia volviendo vivamente la cabeza, la hora ha llegado ya.

— Y pronto sabréis la historia de María con todos sus detalles, amor mio.

— ¿Con todos sus detalles? Nada me ocultarás seguramente; es lo que me has prometido; ¿no es verdad?

— Así es la verdad.

— Y esa promesa va á cumplirse. La hora y el día han llegado; hoy es el aniversario del nacimiento de María.

— Pero no es á mí, querida amiga, á quien pertenece este secreto, os será revelado por otros labios.

— ¿Por otros labios? replicó Gracia.

— Sí; yo conozco la firmeza de vuestro corazón... conozco vuestro valor, y sé que una palabra bastará para que os preparéis. Habeis dicho que la hora de la revelacion habia llegado y habeis dicho la verdad. Prometedme, sin embargo, hacer un esfuerzo para la prueba... Vais á experimentar una sorpresa, un choque violento... Prometédme, y ahora mismo llamo al mensajero... está aquí... cerca de nosotros.

— ¿Cómo? ¿quién está? ¿qué mensajero? preguntó Gracia.

— Yo he empeñado mi palabra, amiga mía, y no

puedo deciros mas; pero ved si podeis comprenderme. — No, no, yo tengo miedo de preguntaros... ¡Dios mio!

Gracia, toda temblorosa, veía que las emociones que Alfredo experimentaba tambien se pintaban en su fisonomía, á pesar de los esfuerzos que hacia para aparecer tranquilo y sereno.

En esta dolorosa situacion, Gracia, ocultando su rostro en el seno de su marido, exclamó:

— No, no le llames todavía.

— ¡Valor, valor, querida amiga!... Esperaré á que recobreis toda vuestra firmeza. Pero ved, el sol se oculta, y hoy es el día del aniversario... en fin, ¡ánimo, ánimo!

Gracia levantó su cabeza, y fijando sus ojos sobre Alfredo, le dijo:

— Estoy dispuesta.

En este momento, y mientras que Alfredo se alejaba, su fisonomía adquiría una expresion semejante en un todo á la de María en los últimos días que precedieron á su partida. Gracia llamó á la niña que se marchaba con Alfredo, y á quien habia puesto por nombre María; la niña llegó adonde estaba su madre, se dejó abrazar, y en seguida corrió en seguimiento de su padre. Gracia se quedó sola.

Sin hacer alto ni parar mientes en la causa de sus temores ni de sus esperanzas, permaneció en el mismo lugar inmóvil y con los ojos fijos en el pórtico por donde habian salido su esposo y su hija.

Pero ¿qué sombra es esa que sale de la sombra y se detiene sobre el umbral del pórtico?... ¿Qué forma humana era aquella vestida de blanco, cuya cabeza estrechaba contra su seno el viejo doctor, y que separándose del anciano lanza un grito, extiende los brazos, y precipitándose en los de Gracia trasportada de amor y de ternura cae desfallecida en ellos?

— ¡María! ¡querida María! ¡hermana mía! ¡Oh! ¡qué felicidad! ¡te vuelvo á ver!

No era un sueño... ni una fantasma evocada por su esperanza y el temor. Era la misma María, tan hermosa y tan bella, y tan radiosa de esplendor como la aurora boreal de la tarde cuyos rayos de luz llenaban de púrpura el Oriente. Cualquiera la hubiera tomado por un espíritu celeste que visitaba la tierra para cumplir una mision de caridad y consuelos.

(Se concluirá.)

Sebastopol.

En la ausencia de noticias de grande importancia sobre la campaña de Crimea, vamos á entrar en algunos detalles sobre el estado actual de las operaciones de sitio, sobre las dificultades que ha habido que vencer para llevarlas á cabo, y sobre las causas que han diferido hasta hoy el poder dar el ataque definitivo.

Durante los trabajos preliminares que ocuparon á los soldados del 18 de octubre al 5 de noviembre el ejército enemigo de observacion recibía de las provincias meridionales del imperio poderosos refuerzos, transportados con tal celeridad que dejaban burladas todas las previsiones. El combate de Balaklava, la sangrienta batalla de Inkermann vinieron á mostrar que los ejércitos aliados no solo tenían que hacer frente á la direccion de un sitio, sino que tambien debían sostener una campaña contra un enemigo dueño de sus movimientos que tomaba la ofensiva ó evitaba el combate segun su conveniencia. Una parte de las tropas colocadas necesariamente en observacion ante las fuerzas que amenazaban á los franceses por el flanco y la retaguardia, no podia tomar parte en los trabajos de aproximacion, de modo que la terrible tarea de abrir las trincheras y las paralelas, construir las baterías, concurrir al transporte de un inmenso material, y por último guardar por las noches la dilatada extension de las obras hechas amenazadas sin cesar por las sorpresas de los rusos, pesaba exclusivamente sobre tres divisiones francesas y algunos soldados turcos. Mas adelante veremos como se redujo en breve el ejército inglés y lo insuficiente que fué su concurso.

Como la primera paralela se habia establecido á 900 metros del recinto, la tercera donde debían construirse las baterías para destruir las defensas de la plaza debia abrirse á 100 metros; así pues, habia que atravesar una distancia de 800 metros por medio de trincheras, distancia que ascendía á mas del doble por la tortuosa direccion que habia que dar á esas comunicaciones subterráneas.

Como no bastaba una sola via de comunicacion para asegurar la circulacion frecuente de las tropas y del material que debe efectuarse entre las tres paralelas se establecieron tres trincheras, dos á las extremidades y una al centro. Añadiendo á su extension total que pasa de 6 kilómetros, el largo de las tres paralelas, de las cuales una, la que se extiende de la bahía de la Cuarentena hasta el gran barranco de Sebastopol debe tener unos 3 kilómetros, (las obras sirven para la comunicacion con los campamentos y los parques), no habrá exageracion en decir que el ejército francés ha abierto la tierra en una longitud de 26 á 30 kilómetros. Ahora bien, las trincheras y las paralelas tienen por lo menos 2 metros de profundidad y una anchura suficiente para que pase un carro de artillería, y á veces la tienen para dos, segun las necesidades del servicio. Los parapetos de las paralelas así como los cofres de



Campaña de Crimea. — Distribucion de la galleta.

los deja en apuros, se arreglan para vivir por todas partes en las situaciones mas dificiles, con una mancomunidad entre todos, que da á sus esfuerzos una energia, una simultaneidad ante las cuales se allanan todos los obstáculos.

El soldado inglés valiente hasta el heroismo en el campo de batalla no sabe soportar el cansancio ni la miseria. Salido con pocas excepciones de esos obreros de fábrica que la division del trabajo ha transformado en máquinas buenas para hacer siempre lo mismo, sabe maniobrar y batirse, pero no es propio para ningun otro servicio. Acostumbrado á la existencia confortable de las guarniciones donde el Estado le suministra con abundancia lo necesario, casi lo superfluo, si le llega á faltar el cuidado de la administración, es incapaz de suplirlo. Sin estar hecho á las marchas ni á los trabajos manuales, sin recursos intelectuales, no sabe como ponerse al abrigo de la necesidad; abandonado á sí mismo, sufre, cae enfermo y se muere sin hacer nada por mejorar su posicion.

El oficial que pertenece á las clases ricas cuenta con su dinero para tenerlo todo; vive separado de sus inferiores desdeñosamente, y confia á los comisarios el cuidado exclusivo de hacer vivir, abrigar y vestir al soldado; su única tarea es la de mantener el aseo, la disciplina en la tropa y darla el ejemplo del valor ante el enemigo; este deber le llena en conciencia pero no hace nada mas; nunca se preocupa de las necesidades que pueden experimentar sus subordinados.

De esto resulta que el ejército inglés carece de homogeneidad, de mutualidad: solo en algunos puntos se acercan y se entienden soldados y oficiales; el uno es la fuerza del ejército inglés cuando se trata de morir para sostener el honor ó defender la independencia de la vieja Inglaterra, y el otro (este es su principal elemento de flaqueza) la repugnancia por todo aquello



Campaña de Crimea. — Preparacion del rancho.

las baterías se han construido con solidez; además se han hecho banquetas, gradas y declives, á lo ménos en los puntos mas expuestos á ser atacados. Si á esto añadimos que una parte de esos trabajos ha debido operarse en la roca por medio de la pólvora, que los revestimientos fueron destruidos repetidas veces por el cañon del enemigo, y que sufrieron mucho tambien con las heladas y luego el deshielo, es fácil concebir que cuatro meses apenas hayan bastado para llevar los trabajos de aproximacion y la artillería al punto que ocupan.

Pero además de la inmensidad de las vías que se han debido abrir venciendo tantas dificultades, otra causa mas triste ha venido á prolongar el tiempo empleado para los preliminares forzosos del ataque definitivo. Esta causa es la desorganizacion material y moral que ha sufrido el ejército inglés y cuyos efectos se hacen sentir de tal manera, que al fin y al cabo sus jefes tuvieron que llamar á los soldados franceses para reemplazar los suyos en la conclusion y la guarda de las obras que se habian reservado. La ausencia de una buena administracion militar y de cuerpos especiales, la falta de unidad en la direccion que se da en Londres, la inexperiencia de unos jefes que desde hace cuarenta años no habian mandado ante el enemigo muchos regimientos reunidos, dejaron al ejército inglés sin abrigo, sin vestidos y á veces sin viveres. Un descuido inexplicable cual fué el de no prolongar la línea de circunvalacion casi enteramente elevada por los franceses, permitió á los rusos el sorprender al ejército inglés en Inkermann. Por el mismo motivo no se empedró cuando hacia buen tiempo el camino de Balaklava al campo, y así las lluvias que cayeron estropearon de tal modo el terreno que á 12 kilómetros de sus almacenes el ejército inglés carecia de todo.

Las enfermedades han hecho destrozos en esos magníficos soldados, presa de todas las privaciones, expuestos sin defensa á las injurias de un clima y de una estacion rigorosa. En el dia, de los 56,000 hombres desembarcados sucesivamente en la Crimea, la mitad ha desaparecido, y se ignora hasta qué punto los que quedan, se hallan en estado de hacer un servicio activo. Pero estos deplorables resultados no solo se deben á los vicios de la administracion; los hábitos y el carácter de los militares de toda graduacion en ese ejército, han contribuido mucho á la desorganizacion y á la mortandad de los ingleses.

Los soldados franceses que en su mayor parte salen de los campos donde se hallan habitados á las duras faenas de la tierra, se hallan en mejor estado para resistir el cansancio y las privaciones; además saben industriarse para procurarse lo que les hace falta. El oficial que sale de la clase pobre ó de la clase acomodada, y que vivió algun tiempo como soldado, rivaliza cuando hay necesidad con sus subalternos en recursos y actividad. Por otra parte la guerra de Africa ha perfeccionado esos admirables instintos; todos, jefes y soldados si la administracion



Episodio de un combate entre turcos y rusos.

que es fatiga como los trabajos en la tierra que exigen los sitios. Se diria que los soldados cuando hacen esto se degradan.

Por último, la disciplina muy severa del oficial al subalterno es casi nula del oficial superior al inferior, pues como ambos son nobles, ambos son iguales fuera de los casos del servicio.

Además una cuestion social ha venido á aumentar la desorganizacion causada por los padecimientos y el descontento del soldado, testigo celoso del bienestar comparativo del ejército francés de los cuidados afectuosos con que tratan los oficiales á sus subordinados. El gobierno inglés ha comprendido que en una guerra tan terrible como la presente, el reclutamiento exclusivo del cuerpo de oficiales por medio de jóvenes que segun el uso compran sus grados, daba jefes demasiado inexpertos y desalentaba á los viejos sarjentos obligados á instruir á los superiores que al otro dia debian llevarlos al fuego. En su consecuencia decidió que se acordarian gratuitamente comisiones de oficiales á los sarjentos mas bizarros y mas recomendables por su conducta. Pero parece que algunos cuerpos de oficiales se han encontrado heridos de tener que recibir entre ellos y tratar como iguales á unos aventureros, á quienes quizá habian sometido al humillante castigo del látigo. Se añade que ha habido sendas resistencias para reconocer á los nuevos oficiales, que se han presentado algunas dimisiones, y que lord Raglan se ha encontrado en la dura necesidad de amenazar con la publicacion mas deshonrosa á los que abandonasen sus banderas. Semejante lucha no ha podido ménos de relajar la disciplina, y esto explica tambien porqué se han retardado los trabajos que se habian reservado los ingleses.

Ahora que hemos señalado ligeramente las causas de la tardanza en el ataque definitivo que todo el mundo desea, concluiremos haciéndonos cargo del estado de adelantamiento de las líneas, y de las probabilidades de triunfo con que se cuenta.

Las trincheras francesas tocan á los fosos de la plaza. 200 bocas de fuego por lo ménos, servidas por artilleros y marinos en vez de las 53 que tiraron el 17 de octubre, se hallan dispuestas á romper el fuego. Los trabajos reservados primeramente á los ingleses, y despues continuados por sus aliados, no tardarán en llegar al punto que se desea; entretanto el ejército inglés se reorganiza, le llegan refuerzos por todas partes, la comisaria está mas alerta y el soldado se anima en presencia de una situacion mejor, de una estacion ménos rigorosa, y del ascenso inesperado prometido á los mas esforzados. Los oficiales comprenden que sus preocupaciones aristocráticas deben callarse ante el honor de la bandera y las necesidades de la patria; ántes que todo son ingleses.

El dia en que las 300 bocas de fuego que componen la artillería de las dos naciones, segun los cálculos mas moderados, descarguen á la vez, su efecto será irresistible; en poco tiempo las bombas y granadas harán del interior de la ciudad un monton de ruinas, y destruirán esas barricadas, esas baterías ocultas, á cuyo beneficio piensan los rusos hacer de Sebastopol una ciudad inexpugnable. Las balas abrirán grandes brechas en las murallas por las que habrán de lanzarse millares de soldados. Pero no todo estará concluido; será preciso que las minas con sus explosiones, y los trabajos de los zapadores completen la obra de las balas, destruyendo las empalizadas de que están erizados los fosos y las obras de tierra del recinto; murallas de madera que el cañon no basta para destruir.

Entonces, con la posesion del foso y de la brecha, principiara esa lucha cuerpo á cuerpo que los sitiados consideran como su último y su mas poderoso recurso. Y luego cuando los aliados sean dueños del recinto, si los rusos persisten en disputarles las ruinas de Sebastopol, tendrán que abrirse paso con la mina por entre las barricadas y los edificios medio derruidos.

Tal es la tarea que tienen que cumplir los aliados, y nadie en sus campamentos pone en duda su triunfo, pero no es posible disimularlo; la conquista que ambicionan debe costar mucha sangre, y puede retardarse aun algunas semanas sin que por eso haya lugar para desalentarse. Los impacientes pueden consultar la historia de los sitios en todas las épocas, y verán que la toma de una plaza bien defendida no se obtiene sino á costa de mucho tiempo, muchos esfuerzos y muchos sacrificios.

En otra correspondencia de Sebastopol hallamos los siguientes pormenores: Fuera de Sebastopol, no habia en todo el mar Negro puerto alguno en que pudieran abrigarse buques de alto bordo. No obstante, despues del desembarque de las tropas aliadas en Crimea y del ataque de Sebastopol, los ingleses han descubierto el puerto de Balaklava y los



Huracán del 4 de noviembre.



Ingleses abasteciéndose en una cantina francesa.

franceses el de Kamiesch. Los rusos tienen, además del de Sebastopol, el puerto de Nicolaiew, en donde el gran número de sus artilleros y sus inmensos acopios de material les permitirían reconstruir en pocos años una escuadra mas numerosa y mas imponente que la que tienen en el día. Es de esperar que los ejércitos aliados, despues de la toma de Sebastopol, irán á hacer una visita á Nicolaiew.

Kamiesch, distante próximamente dos horas al Sur de Sebastopol, forma una larga bahía que avanza tierra adentro casi paralelamente á la de Sebastopol y se extiende de Este á Oeste. La sonda da en la entrada mas de 10 metros, y disminuye gradualmente hasta 8. En el fondo de la bahía hay mas de 200 buques de transporte; el fondeadero de los vapores está hácia el medio, y á la entrada están anclados los navíos de guerra de vela. Los navíos y fragatas de vapor hacen centinela fuera, en toda la longitud de las costas y aun delante de Sebastopol. La orilla que circuye la bahía es llana; algo mas lejos se va elevando en pendiente poco sensible.

Hace un año que era Crimea un sitio de recreo para los moscovitas; por todas partes habia jardines abundantes, ricas frutas. Hoy toda la comarca ocupada por los ejércitos aliados, presenta el aspecto de una playa desnuda. Donde se veian hermosos jardines y viñedos que enviaban sus frutos á todos los ángulos del imperio moscovita, se ve hoy un árido desierto. Todo se ha destruido y destruido por necesidad.

El ejército aliado está abundantemente provisto de víveres y aun de vestido para preservarse de las intemperies del invierno; pero, faltando leña en el país y no pudiendo venir de fuera en cantidad suficiente, los soldados se vieron obligados á cortar los árboles frutales y á arrancar las viñas para procurarse lo que mas necesitaban por la estacion, es decir, leña con que cocer los alimentos que recibian.

En la costa del Norte de la bahía y casi á la orilla del agua, se ven algunas casas de piedra y una multitud de tiendas; en la misma orilla, barricas, cajas, cañones, pilas de balas y bombas; en fin, allí está el depósito de la administracion militar y de la artillería; allí va todo el ejército á proveerse de lo que necesita.

Mas adelante, hácia el Norte, siempre en direccion de Sebastopol, se ve infinidad de tiendas. Dicese que en esta playa desierta ha habido proyecto de fundar una ciudad.

No habia camino, pero era necesario; en el espacio de tres meses, el ejército francés ha hecho un camino empedrado desde Kamiesch á Balaklava. Aun no está enteramente concluido, pero se continúa trabajando.

En la playa no habia agua: era preciso buscarla en algunos pozos muy raros ó en arroyos, mas raros aun. Hoy se construye un acueducto de mas de un kilómetro de largo que cortando con un espolon una parte del fondo de la bahía, conducirá á la bahía de Kamiesch agua potable en cantidad suficiente para la marina.

LA CASDAMI.

(Continuacion.)

Toda la erachi pirando
Empusano, emposunò;
Con las acais puncherando
Para dicar el busno,
Que le dinele con el chulo.

Toda la noche sin decir nada, he girado, he girado, he girado, acechando con mis ojos para ver á ese perro de cristiano, y abrirle el vientre con mi cuchillo.

Lambert le preguntó la traduccion de esta copla, y ella se la hizo con aire distraido. Sus divagaciones volvieron á empezar de nuevo, con esta diferencia, que cada vez eran mas lastimeras y sentidas. Se habia sentado, ó por mejor decir se habia acurrucado en un ángulo oscuro, en donde, con la cabeza entre sus rodillas, hablaba y cantaba con voz ahogada por los sollozos:

Me chalo de mi quer
En alicha must á laron.
Ampenado de los Busnes
Este calo ha sinado.

He salido de mi casa. Me han metido en un calabozo. Ahí está el jefe bohemio preso por los cristianos.

— ¡Ah! continuó ella suspirando profundamente... ¡Pepindorio, Pepindorio! ¿Qué te he hecho?... ¡Dímelo!...

Si pasaras por la cangri
Trin bergis despues de mi mular,
Si araqueras min nas
Respondiera mi cocal.

Si pasaras por junto á mi sepulcro tres años despues de mi muerte, y pronunciases mi nombre, mi esqueleto te rasponderia.

Si tu te romendinaras
Y yo lo supiera
Lo vesteria todo miu trupos
De bayeta negra.

Si te volvieras á casar y yo lo supiera, cubriria mis huesos con un sudario negro.

Poco á poco fué debilitándose la voz de la bohemia. Escasamente murmuraba algunas palabras entrecortadas por largos intervalos. Para decirlo de una vez, se dormía ó iba á adormecerse, cuando se oyó á cierta distancia una especie de ladrido acompañado de un silbido.

Levantóse entónces de repente.

— ¡Vienen! dijo á Lambert.

Este saltó hácia la mesa en donde estaban sus armas, y desde allí se dirigió presuroso hácia la puerta.

La risotada burlona y sarcástica de la Casdami lo dejó clavado en aquel sitio.

— ¡Chachipé, chachipé!... eso es... ¡mátalos, valiente espada!

— ¡Eh, eh! Lambert, ¿está Vd. aquí? gritó un hombre en buen francés.

Lambert abrió la puerta y vió brillar con la claridad de la luna, con el fusil al hombro y una pierna medio arrastrando, á uno de sus colegas, á quien el pequeño bohemio habia ido á buscar al fondo de las gargantas en que este buen hombre se hubiera perdido, á no ser por tan caritativa precaucion.

¿Es preciso decir que semejante socorro, en semejante coyuntura, no podia ménos de ser bien recibido? Además, la buena voluntad de la endiablada bohemia, muy dudosa hasta aquel momento, parecia cosa segura, á juzgar por la asistencia indirecta pero positiva que acababa de prestar á Lambert, y por la cual le hubiese él quedado sumamente agradecido, si no hubiese descubierto que, de cualquier modo que fuese, aquel servicio habia sido interesado.

Mucho sentimos, por aquellos lectores nuestros que gustan de las escenas trágicas, de las peripecias de un combate encarnizado, no tener mas que cosas muy vulgares que contarles con motivo del encuentro de los dos aduaneros y del contrabandista Antonio. El hecho es que la accion no duró tres minutos, y no costó una sola gota de sangre.

El bohemio llegaba sobre las tres de la mañana á la salida de la sierra, cuando por entre la bruma distinguió una casaca verde, cosa que no dejó de sorprenderle. Quiso en seguida tocar retirada; pero el camino — una cuesta cortada en roca viva — no era muy largo, y vió que tenia cortada la retirada por otro aduanero que tenia la carabina en la mano. De aquella suerte podia ser veinte; y por otra parte, contra dos mozos como aquellos, bien armados y resueltos, la partida no era ya muy igual.

Antonio adoptó sin vacilar un partido. Su cuchillo, que habia sacado del cinto á la primera alarma, le sirvió para cortar con gran presteza las dos correas que sostenian el bulto bien cargado que llevaba á la espalda. Este cayó por tierra, y de un puntapié lo tiró por un precipicio, adonde pocas gentes se lanzarian voluntariamente á ir á buscarlo. Así perecieron ocho ó diez mil francos de hermosas blondas, que hubieran brillado maravillosamente, en los magníficos vestidos de una novia.

Despues de esta hazaña, maese Antonio, desembarazado de todo objeto prohibido, hubiera podido burlar á los dos aduaneros y pasar adelante ante sus barbas por el camino real; pero por desgracia habia rodeado al rededor de su cuerpo algunos volantes y algunas mantillas, y fué menester resignarse á sufrir las consecuencias del flagrante delito.

Hasta entónces las cosas no fueron muy terribles. Aparecer en un tribunal de policia correccional y oirse condenar á algunos cientos de francos de multa, no agravaba mucho la desgracia de haber perdido la mejor carga que le hubiesen confiado mucho tiempo hacia.

Cuando se hubo reconciliado mas ó ménos con esta idea desesperada, Antonio tomó resueltamente su partido, y su filosofía práctica brillaba con mucho esplendor, cuando las casacas verdes y su presa llegaron á la posada.

Allí se puso á dura prueba esta sangre fria. La Casdami estaba tranquilamente instalada sobre un banco, cerca de la mesa, con la mano en la barba. A la vista de Antonio, se encendió ligeramente su rostro, y sus ojos lanzaron una mirada fulminante. Pero no pronunció una sola mirada.

No fué Antonio tan reservado. Una descarga de atroces injurias salió de sus espumosos labios. Si las hubiera dirigido á un pedazo de piedra, á una estatua de sal, á un cadáver, hubieran producido absolutamente, al ménos en apariencia, la misma impresion. La Casdami las escuchó pacíficamente, cortó un enorme pedazo de pan, puso en un plato un trozo de jamon, y fué con mucha humildad á presentárselo al prisionero. Este aparentó abrirle el vientre, cuando ella se le acercó, visto lo cual por Lambert, trató de poner orden, por mas que estuviera en el fondo justificado aquel proceder un poco vivo.

Porque estaba convencido de que Antonio el contrabandista y Pepindorio (1), el marido poco fiel, eran una sola y misma persona, indignamente vendida á la justicia por una esposa irritada.

El alto que allí se hizo no fué de muy larga duracion.

La Casdami queria acompañar en su viaje á los dos aduaneros y al contrabandista Antonio. Pero además del escándalo que esto causaria, le escoltarla podia ofrecer graves inconvenientes, y Lambert le hizo entender de un modo significativo que de ninguna ma-

(1) Pepindorio y Antonio son efectivamente el mismo nombre en lengua cristiana y en *chipecalli*.

nera podia consentir él que los acompañara. Pepindorio le dió las gracias con una mirada muy expresiva.

La Casdami sorprendió este testimonio de reconocimiento, que la ofendió vivamente, y como para castigar por ello á su *rom*, le dirigió dos ó tres frases en aquella jerga que no estaba al alcance de los aduaneros. Pero no sucedió lo mismo con Antonio, en quien causaron el efecto de una descarga eléctrica. Sus dientes se apretaron y rechinaron; se golpeó violenta y convulsivamente la frente, y se levantó, mostrando con tanta claridad su resuelto propósito de matar á su mujer, que fué necesario, á trueque de libertarla de su exaltado furor, apoderarse de él y atarlo fuertemente.

Ella habia tenido por de pronto mucho miedo, y en honor de la verdad, no sin fundamento; pero una vez pasado el peligro, volvió á aparecer sobre su rostro diabólico la infernal alegría que brillaba tantas veces en él. Cuando el aduanero Lambert y su colega partieron llevándose consigo al contrabandista Antonio, la gitana se quedaba cantando.

IV.

Mas quisiera guardar
Cien ovejas en el Prado,
Que guardar á una niña,
De pecho alborotado.

Así canta un padre ó tutor de ópera bufa. Ahora bien, cien muchachas, parecidas á esta de que se trata, no hubieran dado á Lambert tanto trabajo como el que tuvo para llevar á su prisionero hasta Ceret. En el bosque que está entre la torre de la Massana y San Juan de Alberes, estuvo Pepindorio á punto de escaparse dos veces del poder de los dos acólitos. En Ecluse, donde el camino real les ofrecia para guardarlo mas facilidad y mas recursos, tomó nuevo partido, y les ofreció veinte onzas de oro si consentian en dejarlo huir. Su negativa lo admiró — dicho sea sin ofender á la cofradía de las casacas verdes, — y lo obligó á apelar á un remedio extremo, desesperado.

Aprovechándose de una parada que hicieron en una venta muy aislada, y del sueño á que se abandonaba el colega de Lambert, solicitó de este último algunos momentos de atencion, y le refirió una anécdota bastante singular, de la que nuestros lectores habrán adivinado una parte.

— Camarada, le dijo, lo creo á Vd. caballero... mas caballero que á su compañero, con el cual, si hubieramos estado solos, sin duda alguna hubieramos celebrado nuestro arreglo en veinte onzas... En este supuesto, Vd. comprenderá la necesidad que tengo de huir, aunque debiera volver á ponerme en manos de Vd. á las veinticuatro horas. Esté Vd. seguro de que así lo haré, si quiere Vd. darme suelta y fiarse en mi palabra.

Lambert creyó que debia interrumpirlo para decirle que no contara con semejante cosa.

— Me dice Vd. eso, caballero, porque ignora lo que le voy á contar ahora mismo.

— ¿Qué es ello?

— Pero yo estoy seguro, prosiguió, sin escuchar la pregunta, de que mudará Vd. de parecer apénas me haya escuchado.

— Esté Vd. persuadido de lo contrario, se apresuró á replicar el buen Lambert, cualesquiera que fuese el deseo que tuviera de saber con todos sus detalles la historia del bohemio.

— Basta, basta, repuso este. Vd. es caballero; no hay duda de ello, y *perro que busca, hueso halla* (1).

Continuó:

Esa mujer, que sin duda me ha denunciado, esa mujer que os ha llevado á mi camino, esa mujer, caballero, fué mi esposa, Vd. sabe como nos casan á nosotros los cales. Nosotros crecemos mezclados los unos con los otros, niños y niñas. Un día se observa que dos muchachos se miran de cierta manera; que el muchacho va siempre por donde va la muchacha; que ella le tiene miedo, y si sobreviene algun peligro, se pone no obstante, bajo su proteccion. Bueno, dicen los padres. La chica forja bien; tiene buenos ojos, buenas piernas, y la lengua suelta; en caso de necesidad sabe sacar algo entre las uñas: baila la *romalis*; toca la flauta; sabe de memoria los zorzicos mas salados; las *gachaplas* mas picantes; jamás se morirá de hambre. La chiquilla es despavilada; sabe jonjabar á las gentes, retorcer el pescuezo á una gallina, sin darle tiempo para dar un grito; poner á la sombra una colada que los *payllas* han tendido al sol. Sabe fabricar amuletos, y sobre todo venderlos; echar suertes y hacer miedo á los imbéciles. Será una mujer casera perfecta. Tiempo es de que sean *rom* y *romi*. Los amigos traen una docena de estacas; y se desnuda uno ó dos *paillés* para cubrir la cabaña. Los padres dan la marmita, el plato de madera y el escabel: he ahí arreglado el matrimonio.

Yo tenia diez y siete años y ella catorce. Ocho dias despues de la boda, no teniamos entre los dos ni una *blanca*. Todo lo habiamos gastado en tabaco para mí y en aguardiente para ella. Una mañana cogi un pañuelo de seda que ella tenia y fuí á venderlo. Al volver, cuando quise darle lo que me restaba del precio, me tiró un martillo á la cabeza llamándome ladrón, y maldiciendo el día en que nací. Fué menester batirse para que hubiera paz. Al día siguiente comenzó ella de nuevo la gresca, apesar de estar magullada. Así pasamos

(1) Chuquel los pirela,
Cocal terela.

(Proverbio bohemio)

ocho dias consecutivos, hasta que le hice una herida en el hombro. — La señal le durará mientras viva.

Esto no era nada. Todos los dias es preciso domar una *romi*, como se doma una yegua salvaje, por el hambre, la privacion del sueño y buenos golpes, bien asestados. Con cualquiera otra hubiera yo vencido. La *Casdami* no se domesticará nunca. Por eso la llaman así los míos: porque acaso no sepa Vd. que en nuestro idioma *CASDAMI* significa ESCORPION, ese pícaro animal que no le tiene miedo á nada. Se dice que rodeado de carbones encendidos vuelve su dardo contra sí mismo y se mata con su propio veneno. Si la *Casdami* se mordiese en un momento de cólera, estoy convencido de que moriría rabiosa.

Quizá no me creería Vd. si le dijese con qué maldades provocaba mis castigos. Un dia golpeaba á una de sus hermanas hasta que la hacia desmayarse; otro, por un si es no es, daba una cuchillada á algun *payllo* que revoloteaba á su alrededor. Me acuerdo que yo volvía una noche de una feria; me dijeron que estaba dispuesto el saqueo de una granja solitaria cerca de Corbassil, y que mi *romi* queria ser de la partida contra mi expresa prohibicion.

Ve Vd., caballero, y sea dicho esto sin fanfarronada, jamás he querido mezclarme en robar á mi próximo. La sangre se me subió á la cabeza, cuando me dijeron esto. Estabamos acampados en la torre de Carol; echo una carrera hasta la granja en cuestion, aunque estaba muy fatigado: llego por fin. ¿Y qué veo? Nuestra gente robando, unos la cuadra, otros la bodega, aquellos los armarios. Luego en el dormitorio del granjero encuentro un pobre diablo de ochenta años, á quien habian atado la *Casdami* y la *Tuerta*. — esta, vieja como el templo de Salomon, — atormentándolo para hacerle confesar en donde tenia escondido su dinero... ¡Su dinero! Quizá no tenia un duro... ¡Y sin embargo estas dos mujeres se complacian en pincharlo con sus *chulis*, y en ver los gestos que hacia cuando le tenian la mano sobre la lámpara encendida!... Aun no estaban contentas, y la *Casdami*, cuando llegué, estaba diciendo á la otra: «¡Rodomado es el viejo; matémoslo!»

No tuvo tiempo de chancarse mas, y debe tener el alma muy atravesada cuando no se quedó en el sitio del palo que le descargué en la cabeza por via de correccion.

— ¿Qué quiere Vd., caballero? aquello no podia durar siempre de aquel modo. Resistí seis meses, porque nosotros somos los maridos por excelencia. Sin embargo, era imposible pasar la vida entera junto á una endiablada semejante. De tal suerte que un dia, despues de haberla sacudido el polvo grandemente, dividí en dos partes nuestras herramientas, nuestras mantas, todo lo que se podia partir, y le dije señalándole el camino:

— Voy á Francia: vé tú á Prades, á Perpiñan, á Ceret, á España, á Coralis, á Moreria, á Egipto, al infierno en fin, si te acomoda, y este último punto es el que mas te conviene: yo no soy ya tu *romi*, ni tú eres mi *romi*. Todo se ha acabado entre nosotros.

Ella se mostró sorprendida.

— A fe mia, me dijo, me alegre mucho, porque al cabo tú no eres mas que un *lilipendi*. Pero eso no puede ser, porque voy á tener muy pronto un hijo.

La paciencia se me habia acabado, caballero, y le respondí:

— No tengo nada que ver contigo ni con tu hijo. Tu hijo sería de escorpion y no mio. Parto, y te prohibo seguirme.

Ella me siguió sin embargo, aprovechándose de que no queria pegarle mas, desde que supe que se hallaba en cinta. La noche llegó. Yo tenia una buena mula. Fingí dormir: ella lo creyó. Al dia siguiente habia atravesado la montaña, y llegado á Vich, adonde ella no supo que habia ido en algun tiempo.

Me aburría en el país de los *busnes*, y cuando uno se aburre se cometen muchas necedades. Yo hice una de marca mayor. El hombre, en cuya casa estaba hospedado, tenia una hija de diez y seis años, de cabellos rubios, de carácter afable; al revés en todo de la *Casdami*. Yo le hacia anillos y collares de laton. Ella me veía á caballo sobre los mejores potros, que me daban para desbravarlos. Estas cosas influyen mucho en la mollera de las muchachas. Seria cosa difícil decir á Vd. porque esta jóven se enamoró de mi persona. Su padre se apercebó por fin, cuando ya era tarde. Quiso echarme de su casa y con razon; pero quiso tambien echarme de la ciudad, y para ello me acusó de haberle pescado algunos doblones, de los que se enmohecian en su arca. A las primeras palabras que me dijo, me exalté. Nos batimos. El hombre era viejo, pero robusto. Me tiró al suelo, me puso los pies encima y levantaba el hacha para romperme la cabeza. Su hija, que se habia arrodillado para pedirle que me perdonara, no consultando entónces mas que su desesperacion, le cogió las piernas y lo derribó en tierra. La desgracia quiso que diérsela con la frente en el filo del hacha, y se hizo una terrible herida. Lo creimos muerto. El miedo nos espoleaba. Cogi en mis brazos á la muchacha, casi loca. Enganché al carricoche el mejor de los caballos de su padre, ¡y arree, cochero!

Pasamos la frontera ántes que pensaran en perseguirnos, á consecuencia de queja del buen hombre. Porque no estaba muerto, y á estas horas vive; pero cree aún que su hija quiso asesinarlo, de acuerdo conmigo, para robarle su carricoche y su caballo. ¡Estos *busnes* son tan majaderos!... perdone Vd., caballero.

En Francia, en España, como en todas partes, era

menester vivir, y trabajar. La Pepita quiso casarse. Yo no debia haber cedido: sangre negra y blanca hacen mala mezcla. Además, era menester prever lo que ha sucedido despues. Pero lo que las mujeres quieren, lo desean de veras. La Pepita lloraba un dia: al siguiente se burlaba de mis escrúpulos; otras veces sonreía á algun militar, que le echaba los lentes, de tal manera que hizo de mí lo que quiso; un tabernero y su marido.

Durante algunos meses todo fué bien. Pero un dia, que daba yo de beber á dos arrieros, — estabamos establecidos en Prats de Mollo; — ¡*Arromali!* exclamó uno de ellos, ¡es Pepindorio!

Lo miré á mi vez, y vi que era un caloré.

Hablámos una media hora, que por cierto me costó muy cara. Me habló de la tribu, de los que habian muerto, de los que habian crecido, de las jugarretas hechas á los *payllos*, y sobre todo, del contrabando, que se hacia en grande. La cabeza me hervía mientras me contaba estas aventuras, estas ganancias de dos y tres duros diarios, sin contar las primas, y los placeres de esta vida errante que echaba de ménos muchas veces. Luego partió; por supuesto sin pagarme. Casi estuve á punto de llorar cuando me quedé solo en mi barraca. Y por la noche dije á la Pepita que queria venderlo todo para ir á probar fortuna.

Ella consintió al momento, viendo hecha mi resolucion. Tambien ella se aburría, me dijo, de no tener un vestido de seda, ni dulces que *tragelar*, y de ver siempre la pared de enfrente sucia y resquebrajada. No le disgustaba el contrabando. Méenos le satisfizo el ir á juntarse con los nuestros, cuando yo se lo dije. Sin embargo, consintió en ello:

— Te amo bastante, me dijo, para hacerme calee, ó turca, ó judía, si fuera preciso. ¿Pero no me matarán ellos, ó me harán comer carne humana?

— En cuanto á matar, le respondí, ántes me matarán á mí. Y mas á menudo comerás aves que carne cristiana.

Dos dias despues estabamos en los bosques de Valcevollera, en donde los nuestros habian fijado su residencia de invierno.

La primera persona que nos vio llegar fué la *Casdami*. Vd. cree quizá que se quejó de mí. Nada de eso. Nadá mas que una ojeada atravesada que lanzó á la Pepita. Simprafié, nuestro conde, me recibió bien.

— ¿Es esa tu *romi*? me preguntó Simprafié.

— Sí, le respondí.

En seguida llamó á los otros y les dijo que me permitia vivir con la forastera y á la forastera conmigo. Y si á alguno le parecia mal, que se explicara inmediatamente. Las mujeres quisieron quejarse; pero les declaró que solo los *roms* podian quejarse.

Un esquilador viejo preguntó si los asuntos de Egipto podian estar secretos teniendo un *busné* entre nosotros.

Respondí que hacia mi negocio, y que á la primera queja que hubiese, yo me encargaba de administrarme justicia.

— Y yo tambien, añadió Simprafié. Así quedó arreglado este asunto.

Aquella noche fui á buscar á la *Casdami*.

— ¿Y nuestro hijo? le dije.

— Muerto.

— ¿Cómo así?

— ¿Qué te importa?

Observé que al decir aquellas palabras, se dilataba su pupila, como cuando iba á incomodarse.

— ¿Si lo habrás muerto? repuse como movido por una especie de adivinacion.

— ¿Porqué no? Y su ojo se extendía cada vez mas.

Me separé de ella sin añadir una palabra, porque la cólera se iba apoderando de mí. Las otras mujeres no supieron decirme si la *Casdami* decia la verdad. Habia parido un niño muerto, segun ella decia, en una choza, donde estaba sola. Desde entónces estaba *lili*, y repetia cosas extrañas.

Consulté á una vieja de la tribu, que sabia de todo mas que las demás. Ella me dijo que la *Casdami* me odiaba, y que sin duda habia ahogado al *chai*. Aun creo que le habrá majado la cabeza entre dos piedras.

— ¿Qué te hace suponer eso? pregunté estremeciéndome á pesar mio.

— El que durmiendo se golpea con el puño la cabeza, cantando siempre el estribillo del herrero.

No era aquella una prueba. Sino, yo hubiera matado á la *Casdami*. Pero me contenté con decir á la Pepita que se guardara de ella, y de las drogas que podia echar en sus alimentos.

Meses y meses trascurrieron sin que ocurriese nada. Únicamente sorprendí una ó dos miradas de la *Casdami*, que no prometian nada bueno.

Hubó tambien, peromas tarde, una circunstancia que debió inspirarme sospechas. La habia olvidado; pero desde esta mañana no puedo echarla de mi memoria.

Nos habian llamado para *juglars* á la fiesta mayor de Saillagusa. La Pepita se puso aquel dia muy majá. Tenia en la cabeza, y atado debajo de la barba el pañuelo de seda de cuadros, segun se lleva en la Cerdaña, un corpiño de terciopelo, una basquiña de escarlata y cintas de color de fuego. Agréguese á esto una buena pierna, el pié ligero, canciones y danzas de todas clases. Nadie como ella para las seguidillas; y en los saltos á duo, cuando yo la levantaba sobre la palma de la mano, manejando con la otra el *almaraje morisco* (1), los espectadores aplaudian furiosamente.

(1) Vinagera de cristal, con pié, de cuello estrecho, con muchas bocas, por las que los danzantes árabes vertian aguas de olor.

Bailabamos pues con toda nuestra alma. Nunca me habia parecido la Pepita mas preciosa; todos trataban de ver el color de sus ligas, cuando hacia piruetas. A lo mejor, sin saber cómo, miré hácia donde estaban sentados los nuestros. Simprafié, que habia dejado de arañar la guitarra, tenia clavados sobre Pepita sus ojos ardientes, los ojos de un perro de muestra, cuando va á levantar la caza. La *Casdami*, de pié detrás de él y con la barba sobre su hombro, le hablaba por lo bajo mirándonos como él.

Tuve en aquel momento cierto presentimiento. Pero fué como un relámpago. Por otra parte, ¿cómo sospechar de él?... En fin, ¿qué le diré á Vd.?... Como un majadero olvidé aquellas miradas y aquellos cuchicheos siniestros. Para tranquilizarme mas, la *Casdami* me avisó pocos dias despues de que un camarada rodaba á la Pepita. Hubo jarana. Simprafié tomó parte en la gresca, y el galan fué echado de la tribu. Ahora lo veo todo, y en qué lazo me hicieron caer.

Abrevio, porque el tiempo nos apremia. Ya sabe Vd. la historia: como la *Casdami* me ha denunciado. Pero Vd. no ha oido lo que me ha dicho esta mañana al tiempo de separarnos... ¡*Caramba!* esa mujer morirá á mis manos... La Pepita queda desamparada mientras que estoy preso. Simprafié quiere aprovecharse de la ocasion para birlármela. La *Casdami* lo excita y le ofrece los medios para lograrlo. Esta noche... ¿lo entiende Vd., caballero?... esta noche estarán solos los tres en el bosque de Llauro, lejos de nuestro campamento, lejos de los nuestros, á quienes han dispersado; ella los seguirá sin temor, porque debe aguardarme allí... y no obstante, yo no iré... es decir, si Vd. me niega un dia de libertad, por el que daría seis meses de vida. Ahora, ¿qué decide Vd.?

Tal fué en sustancia la narracion del bohemio.

Si Lambert la hubiese creído completamente, no hay duda de que se hubiera visto muy conmovido por este llamamiento hecho á su generosidad en una situacion tan critica. Por fortuna ó desgracia, estaba en guardia contra los embustes de aquella gente y sus invenciones de todas clases. Además, ¿podia él aceptar de un gitano la promesa de Regulo? ¿No merecia perder veinte veces su empleo si un cuento semejante le hacia renunciar al cumplimiento de sus deberes?

Reflexionó un poco, no para saber lo que iba á hacer, sino lo que iba á decir. Si por casualidad no menta el bohemio, — y ciertos recuerdos se lo hacian creer, — una negativa pura y simple podia ser un poco dura.

Pepindorio observaba con ardor extremado los mas leves indicios que pudiesen revelar la determinacion del aduanero.

— Vd. no se imagine, le dijo por fin Lambert, que lo ponga en libertad, ni aun por una hora. Vd. no es mi prisionero; lo es Vd. de la justicia, de quien soy humilde servidor, y que no tiene nada que ver con sus asuntos de familia... Por mi parte, no me mezclo en ellos... Y sin embargo, no sabria negar que vuestra posicion excita un poco de interés, si acaso es como Vd. la pinta... Partiendo pues del principio de que yo no puedo soltar á Vd., y de que Vd. tendria mucha falta de tomar las de Villadiego, creo que es menester buscar un término medio, que concilie estas dos necesidades incompatibles... Salvo mejor parecer, he aquí lo que juzgo que yo haria en lugar de Vd.

Pepindorio aplicó el oido y abrió ojos tamaños.

— No dejaremos de encontrar desde aquí á Boulon alguno de los vuestros, ó bien un paisano que se encargue por un duro de llevar un mensaje á vuestro condenado jefe. Este Simprafié debe conoceros, y saber probablemente cuanto valen sus palabras de Vd. Dígame Vd. que ha descubierto el juego, y que si por desgracia sigue la partida, nadie os impedirá una vez ú otra, cuando lo suelten á Vd., — y probablemente lo estará Vd. dentro de algunas semanas — el meterle una bala en la cabeza, ó seis pulgadas de acero en el vientre... Con eso se le puede hacer reflexionar. ¿No es verdad?

El bohemio habia bajado la cabeza, y el desaliento de su fisonomia no revelaba ninguna confianza en el proyecto de Lambert. Este, sin embargo, persistia en él, y se disponia á desarrollarlo de nuevo, cuando Pepindorio lo interrumpió con voz alterada:

— Pero señor, ¿es mi padre! ¿es mi padre, caballero!

— ¿Quién?

— Simprafié es mi padre.

¿Qué replicar á una observacion tan inesperada, lector sutil? Lambert se quedó mudo.

(Se continuará.)

Las visiones de la noche en los campos

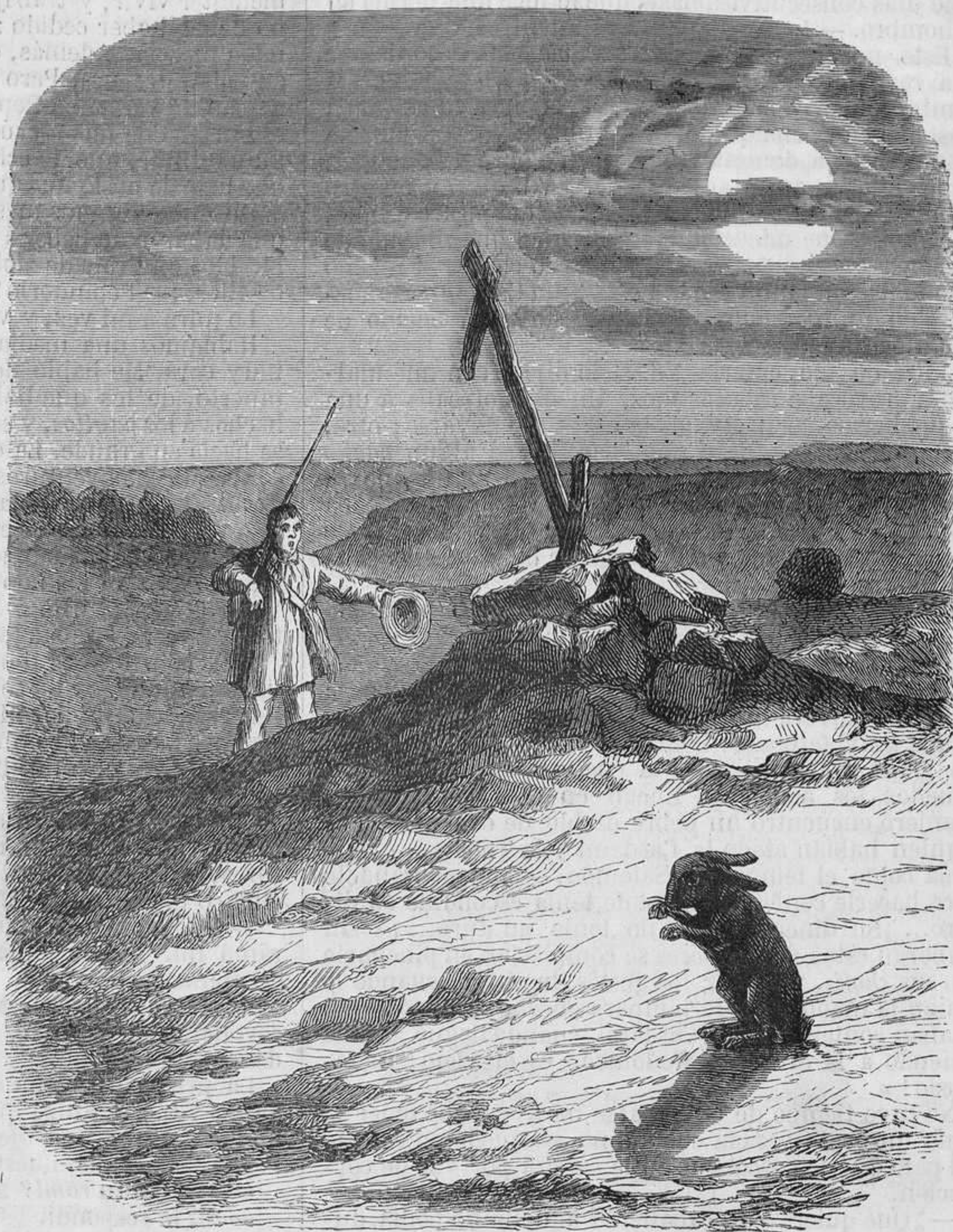
POR JORGE SAND.

(Artículo segundo. — Véanse las páginas 156 y 157.)

En otros trabajos anteriores sobre las costumbres las supersticiones ó alucinaciones de los aldeanos del Berry, hemos mostrado los recuerdos de la antigüedad modificados en las ideas ó en los sueños por la influencia del cristianismo primitivo ó de la edad media. Existe ahí un mundo de fantasías perdido para las clases ilustradas y que tiende á borrarse tambien de la creencia y de la memoria de las clases rústicas. No nos parece pues desprovista de interés la tarea de recoger los fragmentos esparcidos en todas las provincias de Francia,



La cocadrina.



La liebre hechicera.

sobre esa poesía terrible, risueña ó burlesca que quizás dentro de cincuenta años no tendrá ya bandos ni adeptos.

La Alemania está considerada como la tierra clásica de lo fantástico, y esto consisten que ha habido escritores antiguos y modernos que han fijado la leyenda en el poema, el cuento y la balada. La literatura francesa, sobre todo desde el siglo de Luis XIV ha rechazado ese elemento como indigno de la razón humana y de la dignidad filosófica. El romanticismo ha hecho vanos esfuerzos para vencer nuestro excecpticismo; todo lo que hemos sabido hacer ha sido imitar la fantasía alemana.

Y sin embargo, la Francia popular de los campos es tan fantástica como las naciones esclavas ó germánicas, pero la ha faltado y les faltarán probablemente un gran poeta para dar una forma precisa y duradera á los ímpetus de su imaginación ya debilitada.

Una sola provincia en Francia se halla á la altura en su poesía de todo cuanto ha producido el genio de los mas grandes poetas y de los pueblos mas poéticos; esta provincia es la Bretaña, pero hay que advertir que la Bretaña es Francia desde hace poco tiempo. Los que han leído los *Barza-Breiz* recogidos y traducidos por M. de la Villemarqué, convendrán fácilmente en la verdad de lo que digo. El *tributo de Nomemé* es un poema de ciento cuarenta versos, mas grande que la *Iliada*, mas completo, mas hermoso, mas perfecto que ninguna obra maestra del espíritu humano. Los *Enanos*, *Lesbreiz* y otros veinte diamantes de esa colección atestiguan la riqueza mas completa á que pueda pretender una literatura lírica, y aun es muy extraño que esta literatura revelada á la nuestra por una publicación que se ha difundido

do mucho, hace ya tiempo, no haya llegado á producir en ella una revolución entera y verdadera. Macpherson llenó la Europa con el nombre de Ossian; ántes de Walter Scott puso la Escocia muy en moda. A decir verdad, nosotros no nos hemos ocupado mucho de nuestra Bretaña, y hay bastantes letrados en el día que todavía no han leído los cantos sublimes jante los cuales hemos de convenir en que somos como enanos en presencia de gigantes. ¡Qué vicisitudes tan singulares sufren lo bello y lo verdadero en la historia del arte!

¿Qué es pues esa raza armoricana que así se alimentó desde el druidismo hasta la *Amaneria*? Sabíamos que era altiva y vigorosa, pero no la creímos grande hasta ese punto sino despues que conocimos su poesía. Genio épico, dramático, amoroso, guerrero, tierno,

triste, sombrío, burlesco, genuino, todo lo posee, y sobre ese mundo de la acción y del pensamiento se cierne lo fantástico, todos los fantasmas, todos los genios de la mitología pagana y cristiana revolotean sobre esas cabezas exaltadas y vigorosas. En verdad, todo el que maneja una pluma debería, cuando encuentra un breton, quitarse su sombrero.

Pero hémos aquí bien léjos de nuestro humilde Berry donde he encontrado, sin embargo, en la memoria de los cantores rústicos, mas de una balada traducida exactamente en verso sencillo, de los textos bretones publicados por M. de la Villemarqué. ¿Reclamarémos por esto la propiedad de las creaciones, y diremos que la lengua bretona los tradujo de nosotros?

No por cierto; consigo llevan su patente de origen; el texto dice: *Volviendo de Nántes*, etc.

El Berry tiene su música, pero no tiene su literatura, ó bien se ha perdido como habria podido perderse la poesía bretona si M. de la Villemarqué no la hubiese recogido á tiempo. Estas riquezas inéditas se alteran insensiblemente en la memoria de los bardos, pone letrados que las propagan. Yo conozco muchas canciones y baladas en Berry que no tienen ya rima ni razón, y en las que suele encontrarse una coplilla encantadora que pertenece sin duda á un texto original, horriblemente corrompido en todo el resto.

Pero no porque esté privada de sus archivos poéticos la imaginación de nuestros campesinos es ménos rica que la de los alemanes, como lo atestigua suficientemente ese sentido particular de la alucinación de que he hablado en mi primer artículo de las *Visiones de la noche en los campos*.

Una de las apariencias mas singulares es la de los *nuberos*, que se verifica al rededor de los pantanos en medio



Los trasgos á caballo.

de los estanques. Estos espíritus malignos se muestran en las épocas de las inundaciones de los ríos, y provocan el azote de las grandes lluvias intempestivas. A pesar de lo difícil que es reconocerlos entre los aguaceros que levantan, sin embargo, se suele descubrir entre ellos á varias gentes del país de mala nota que por supuesto nada poseen sobre la tierra del señor, y que solo anhelan el mal de su prójimo. Reunidos con los genios de las nubes, armados de palas ó de escobas, vestidos con harapos cubiertos de fango, se agitan frenéticamente, bailan y rabian, como dicen las baladas bretonas, y el viajero retrasado que los distingue sobre las charcas brumosas sembradas en los sitios desiertos, debe apresurarse á llegar á su casa sin incomodarlos y sin demostrar que los ha visto; de otro modo le perseguirían, y ¡ay del pobre viajero!

Las escenas de la naturaleza causan en los aldeanos una impresion sorprendente. Uno se imagina que deberían tener mas influencia sobre la imaginacion de los que habitan en ciudades, y que el hombre acostumbrado desde su infancia á errar ó á trabajar de día y de noche en un mismo pueblo conoce tan bien sus detalles y sus diferentes aspectos, que no puede ya experimentar en ellas ni emocion ni sorpresa. Pero sucede todo lo contrario; el cazador de oficio que desde hace cuarenta años caza en los mismos sitios ve á los animales que persigue á la caída de la tarde, entre el crepúsculo, con formas espantosas y amenazantes.

El pescador nocturno, el molinero que vive sobre el mismo río, pueblan con fantasmas las nieblas plateadas por la luna; el ganadero que sale para atar sus bueyes ó para llevar sus potros al prado al anochecido ó ántes de la aurora, encuentra en su cercado, en su pradera, sobre sus mismos animales, seres desconocidos que se desvanecen en cuanto él se acerca, pero que le amenazan huyendo. ¡Muy dichosas son, á nuestro juicio, estas organizaciones primitivas á quienes se revelan los secretos del mundo sobrenatural, y que tienen el don de ver y oír cosas tan singulares! Nosotros por mas que oímos historias que hacen erizar los cabellos queriendo creerlas, por mas que corremos por las noches en los lugares adonde se aparecen los espíritus, esperando y buscando el miedo inspirador, madre de los fantasmas, el diablo nos huye como si fuéramos santos; Lucifer prohíbe á sus milicias el mostrarse á los crédulos.

Como abundan en extremo los animales hechiceros, es preciso poner mucho cuidado en lo que se dice delante de ellos. Un labrador vecino nuestro, veía todos los días una liebre muy vieja que se paraba á poca distancia de él, se lamía las patas y le miraba con aire burlon; ahora bien, el labrador que tenía en arrendamiento una hacienda, una vez que puso mucha atención acabó por descubrir á su amo bajo el diz-



El galgo blanco.

fraz de la susodicha liebre. Entonces se quitó el sombrero para hacerle ver que no se burlaban de él tan fácilmente y que la chanza era inútil, pero el amo, que era un hombre muy malicioso, fingió que no comprendía y continuó vigilándole bajo aquella forma.

Esto incomodó sobremanera al labrador que era un hombre honrado, que se hallaba tanto mas herido con la sospecha, cuanto que su amo las veces que se presentaba en su casa en forma de cristiano, no le manifestaba la menor desconfianza. Una tarde tomó pues su escopeta contando meterle miedo y corregirle de aquella manía de hacer la liebre. Hasta le apuntó, pero la prueba de que el animal era tan liebre como nosotros, es que la escopeta no le dió cuidado y se echó á reír tranquilamente.

— Vamos, señor amo, exclamó el buen labrador perdiendo la paciencia, quítese Vd. de ahí, ó tan verdad como que soy cristiano le encajo á Vd. en el cuerpo una bala.

El individuo no esperó á que se lo repitieran; vió que el campesino traía malicia, y echó á correr, y ya no volvió á presentarse.

Muchas veces se han visto tambien animales de este género que salían heridos y desaparecían igualmente,

pero no hay medio de libertarse de la carga; solo cuando el hombre que la lleva acierta á llegar á la puerta de su casa se marcha el galgo importuno. Se nota que los campesinos que han permanecido demasiado tiempo por la noche en la taberna, son los que encuentran este animal endemoniado, y gracias se pueden dar cuando no lleva en su compañía dos ó tres fuegos fatuos que arrastran al pobre caminante á un pantano ó á un río con objeto de ahogarle.

La cocodrilla muy conocida en la edad media existe aun en las ruinas de los viejos castillos. Por las noches se pasea entre las ruinas y de día se oculta en el fango y entre las cañas. Viéndola de lejos nadie hace caso, pues parece un lagarto pequeño; pero los que la conocen no se engañan y anuncian grandes enfermedades en la comarca si no se logra matarla ántes de que haya vomitado su veneno. Mas del dicho al hecho va grande trecho; la cocodrilla tiene una piel á prueba de bala, y tomando espantosas proporciones de una noche á otra, esparce la peste en todos los lugares por donde pasa. Lo mejor que se puede hacer es matarla de hambre ó descontentarla del sitio que habita secando los pantanos y las charcas de aguas estancadas. Con ella se van las enfermedades.

El trasgo no es un animal bien que lleve espolones y una cabeza de gallo; su cuerpo es como el de un hombre, y no es malo ni dañino á menos que no le incomoden. Es un espíritu puro, un genio tutelar conocido en todos los países, un poco caprichoso, pero muy activo y muy cuidadoso de los intereses de la casa. En el Berry no asoma por el lugar doméstico ni hace las labores de las criadas ni se enamora de las mujeres; á veces anda por las cuerdas como sus compañeros de una grande parte de la Francia, pero regularmente donde se muestra en toda libertad es por la noche en los pra-



Los nuberos.

dos. Allí reúne los potros por cuadrillas, se agarra á sus crines y los hace galopar como locos atravesando los campos. Parece que no se acuerda mucho de los dueños de aquellos caballos; le gusta muchísimo la equitación y cobra amistad á los animales mas ardientes y fogosos. Los cansa en extremo, pues sudan á mares cuando los ha montado, pero los frota y los limpia tan cuidadosamente que ese sudor los engorda. En nuestro país conocen al instante á los caballos que han sido limpiados por el trasgo, en que sus crines se quedan con un millon de nudos que él les hizo imposibles de desatarse.

Es una enfermedad de las crines bastante comun en nuestros campos; es cierto que no pueden desenredarse, pero es cierto tambien que se puedan cortar sin que el caballo sufra, y no hay otro remedio razonable.

Pero los aldeanos no lo hacen porque suponen que son los estribos del espíritu y que si no los encontrara no podria meter sus piernas y se caería; y entónces, como se pone muy furioso cuando no puede montar, mataria inmediatamente al pobre caballo esquilado.

Basta por hoy; los campesinos son niños hasta que mueren, y quizás son locos; pero es de advertir que no hay verdadera poesia sin cierto desórden de la imaginacion y sin una sencillez extremada.

JORGE SAND.

A la invencion de la brújula.

ODA.

MODESTA OFRENDA AL SEÑOR DON ÁNGEL DE SAAVEDRA,
DUQUE DE RIVAS.

I.

¿Quién en el noble corazon humano
Ha infundido sublime sentimiento?
¿Quién? ¿qué genio inmortal y soberano,
Impulsando el radioso pensamiento,
Alas dando á la rauda fantasia,
Ornó en lauro de fe la criatura?

¡Oh tú, inspiracion mia,
No lo preguntes, no! ¿Quién la luz pura
Al universo da? ¿Quién de los mares
Humilla la altivez que libre crece,
Y con solo el relámpago del cielo
Cual humo al viento así se desvanece?
No contempleis las hojas de la historia,
Ni en pos de las pirámides la planta
Oseis llevar: la vista
Tended, lanzad por el profundo espacio
De la naturaleza,
Y venerable y grande la figura
Del Hacedor veréis, cuya grandeza
Mas que cien soles en zenit fulgura. —
Ese es no mas el Creador divino,
Causa de todo: espíritu fecundo
Que tiene al sol por cetro diamantino
Sobre sus hombros al girar el mundo

II.

Del númen germen, de la vida aliento,
Él fué quien centellante
Del hondo mar por el azul radiante
Al fenicio guió con ardimiento.
Su genio excelso, su gran genio solo
Hizo lucir en el redondo polo
La fulgurante estrella,
Tras de la cual el nauta se arrojaba
Ya cuando el astro hermoso comenzaba,
O ya siguiendo su argentada huella.
¿Y qué logró la criatura humana
Dudando de ese Dios? De sí temiendo,
Sospechosa de sí, trémula, triste,
De la ignorancia al fuego aniquilada,
Todo era espanto y á sus piés la muerte...
¿No veis el siglo? Del vapor en alas
En carroza humeante, atronadora
Se arroja el hombre, ó de la mar inquieta
Rasgando el seno con brillante prora.
Ora el rayo fulgente
Se deshace á sus piés ó bien asciende
Con libre impulso y vencedor osado,
Por su genio llevado,
Tal vez las salas del Empireo hiende.
Ora va el pensamiento
Velocidad robando al ave ansiosa
Que anhela el sol por encumbrado asiento,
O bien sujeta la veloz palabra,
Y yugo pone á la sublime gloria,
Por Dios no mas la humanidad logrando
Triunfos tan bellos, tan feliz victoria.

III.

Mas tú, ¡oh comercio! con dolor veias
En tierra empero tus fulgentes alas,
Y abrumada la frente
Lágrimas ¡ay! en tu afanar vertias,

Hijas de acerbo sinsabor doliente.
Viendo ante el mar que la gallarda nao,
La playa huyendo, altiva se alejaba,
Tu corazon en alas del deseo
Henchido de entusiasmo palpitaba.
¡Miserio empero! — La tormenta impía
Mas tarde llena de furor rugia,
Y el vaiven de las olas bramadoras,
Desechas velas, destrozadas proras,
Solo á tus ojos con horror traia.
En otras veces ¡cielos! la amargura
¡Cuánto te dió de pena y dolo cruento!
La rauda nave en enemigo bando
Falta de rumbo dió: tal vez surcando
La onda vencedora,
Un naufrago á lo léjos se ocultaba,
Tornando á aparecer entre las olas,
Quizá lanzando el rayo de su ira,
Contra tu seno si inocente, bello,
¡Oh comercio inmortal! y tu agonía,
Tu desesperacion y tu locura,
Y tu siniestra cólera bravía,
Del genio de los mares concitaban,
Risa de triunfo y trueno de alegría.

IV.

« ¿Será, dijiste, que el antiguo mundo
» Ignore el modo de encontrar el polo,
» Y hallar constante el deseado rumbo
» Sin que á la furia colosal del viento
» Se hunda entre escollos mi riqueza toda?
» ¿Será que la invencion maravillosa
» Del Asia poderosa,
» Se niegue á Europa y con feroz braveza
» Venza el sañudo mar? ¡Oh sumos genios!
» ¡Despertad á mi voz! y dando al punto
» A mis veleras naves orgullosas
» Un fácil instrumento,
» Haced que burlen de la mar sombría
» La azarosa impulsión y triunfadoras
» Del comercio en las alas brilladoras
» Viertan despues de ilustracion el dia.
» Y así cruzados los profundos mares
» En todas direcciones,
» Y así flotando por do quier al viento
» Banderas y pendones,
» Hiriendo el globo ensancharé la esfera,
» Y haciendo progresar la estirpe humana,
» De la verdad la gloria soberana
» Impulsará la humanidad entera.
» ¡Derramaré mi voz! Al eco grande
» Sus anchas puertas abrirá la fama,
» Y felices tambien, ¡genios divinos!
» Si como el sol al encontrar oriente,
» Llegais como él á relumbrante ocaso,
» De lauro ornada la atrevida frente,
» Rayos brotando vuestro activo paso. »

V.

Y al punto conmovida
Sabiduría estremeció su asiento,
Vacilando á la par el áureo coro
De las deidades que alza el firmamento.
Y así con entusiasmo
Dijo sublime iluminando el globo
Y esa que sigue misteriosa senda.
« ¡Sí, comercio inmortal! tus naves todas
» Dominarán el piélago iracundo,
» Sin recurrir el navegante al astro
» Que brilla sobre el eje de este mundo.
» Tus rápidos bajeles
» Avanzarán al ecuador: los polos
» Serán hollados por tus recios leños,
» Así abatiendo los horribles planes
» Del tremebundo mar: un instrumento
» Al hombre le daré, tan asombroso,
» Que despues del fragor del elemento
» El rumbo indique al nauta victorioso. »
Así su voz partió, sonoramente
Cundiendo asaz y llena de ventura,
De luz en zona pura
Dejando ver la respetable frente.
Y á explotar comenzó con fe divina
La natura que ostenta con grandeza
Tesoros mil de gloria peregrina,
Y de verdad fecundos manantiales,
Y gérmenes de vida y de belleza.

VI.

A grimpola elevada
Que flota libre al sonoro viento,
Rompe un bajel con resonante quilla
Que refleja la luz del firmamento.
Y con nervudo brazo
Atlántico separa sus columnas,

Hundir queriendo embarcacion tan bella,
Y torvo dice respirando enojos,
Moviendo el sol, la eternidad y el mundo
Cuando revuelve los hinchados ojos.
« ¿Y qué? ¿No le ha bastado
» Al resuelto mortal sentir mi furia
» Una vez y otras mil? ¿No he sofocado
» Su impetuosa ambicion del cielo abriendo
» Las cataratas todas con estruendo?
» Pues bien: el rumbo evitaré á la nave,
» En sirtes no dará: pero en la costa
» De enemiga nacion asoladora,
» Prepararé la tumba
» A quien provoca mi coraje ahora. »
Y trueno y brama y por el mástil zumba
Al desgarrarse atronador el viento;
Tumbos imprime sin cesar al grave,
Majestuoso bajel: aumenta el ruido,
Y la empapada vela,
Al rechinar, entre los aires vuela.
En tanto el hombre con la nave gira,
Y dueño del timon serenamente
La brújula inmortal triunfante mira.

VII.

« Pasé, pronuncia, el tiempo borrascoso
» En que pudiste doblegar la fuerza
» De la humana razon. Vano tu empeño,
» Vano tu esfuerzo y tus impulsos vanos,
» Todos sucumbirán, ¡oh mar profundo!
» Ya la sabiduría
» Ha puesto en mi poder el instrumento,
» Que comparado á tu extension pasmosa
» Nada vale, gran mar, pero que guía
» A quien se opone á tu ambicion cdiosa.
» ¿Truenas? ¿te agitas? ¿en tu rabia impía
» Insultas ¡ay! mi fuerza soberana?
» El cierto rumbo encontraré mañana,
» Y la victoria inmensa será mia. »
Y es grande el estridor y nada vale
El empeño del mar que ya conoce
A cuanto alcanza la razon osada.
Ruge, torna á rugir y ya espantada
La ponderosa mole atronadora,
Por vez primera encórvase gimiendo
Con pavoroso, irresistible estruendo
Desde el ocaso al orto en breve hora.
¡Instrumento admirable! ¡oh tú dichoso
Por todas las centurias,
Primer mortal que en genio poderoso
Del mar burlaste las traidoras furias!
Ved como llega la opulenta nave
A los piés del comercio, y refulgente
Con la brújula, el mundo, solamente
De súbito adelanta:
¡De un modo tal que el orbe se agiganta,
Toma el género humano mas aliento,
Y desde entónces progresando marcha
El genio vencedor del pensamiento! (1)

VIII.

Ya se escucha al comercio
Exclamar con el estro mas divino:
« Gracias ¡oh tú, sabiduría! El cielo
» Protege mi camino?
» Brazo seré que relacione mundos,
» La gloria siendo del humano anhelo,
» Y eterno y rico galardón: ¿no miras
» Como la gaya ilustracion tremola
» Lozanas palmas y con gloria pura?
» ¡Gloria! ¿no oís que arrebatada dice,
» Y ¡gloria! allá por los espacios suena,
» Mientras huye Mavorte,
» Cuando mi carro de laurel resuena? »
Dijo y calló. — Retumba estrepitoso
Un trueno ronco, el globo conturbando.
La inmensidad es llama. Y el Eterno,
Sobre el sol de su gloria refulgente,
Descubre el rostro, majestuoso hablando:
« Que á la sublime perfeccion el hombre
» Se acerque, hollando la mundana via
» De la fe con la brújula radiante,
» Tan portentosa cual la aguja misma
» Que al nauta guía por la mar brillante. »
Así exclama el Altísimo y en breve
La inmensidad se oscureció, y el cielo
Cubrió al Eterno con su azul divino...
Y la gigante humanidad un paso
Dando en el porvenir, brotando galas,
Ensalza al Creador, sobre los siglos
La fama inmensa al extender sus alas!

ANTONIO VINAGERAS.

Paris 1835.

(1) Colon, Guttemberg y la brújula son cada uno de por sí tres lazos de accion para tres poemas gigantescos. (Véase á Montesquieu sobre la brújula.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La Siberia en París. — Los trineos en los Campos Eliseos. — Un trineo arrastrado por dos perros procedentes de Crimea. — De los capotes guarnecidos de pieles. — Un baile a la Opera a cuatro pesos por cabeza. — Las fiestas de la cuaresma. — Reuniones de madama de Paiva. — Un baile de trajes en casa del señor conde Tascher de la Pagerie. — Un baile de máscaras en casa de la señora condesa Lebon. — Los payasos con bigotes. — Reflexión de dos Celiminas de aldea sobre los bigotes que llevan los elegantes. — De la escasez de modas nuevas. — Tendencias a la vuelta del género derecho; ¿a qué no volverán los hombres? — Descripción del figurin de este número.

París ha disfrutado en todo el mes de febrero de una temperatura de la Siberia; no estamos en París sino en San Petersburgo, a las orillas del Nueva. Por eso todo el París elegante se mostró en los Campos Eliseos en trineo; el Emperador y la Emperatriz dieron el ejemplo, y al punto salieron a relucir sobre la nieve esos carruajes del Norte que no todos los años podemos admirar en nuestra capital. Entre todos ellos se distinguía uno tirado por dos grandes perros de una especie particular, dos perros que trajo de Crimea un oficial con licencia por enfermedad, notables por sus orejas caídas como las del galgo, sus piernas delgadas y su hocico largo. Los otros trineos iban arrastrados por magníficos caballos, y la mayor parte de los elegantes que les guiaban llevaban capotes de pieles, que ha sido la gran moda en este rigoroso invierno.

El lunes de carnaval se dió en la Opera un baile como no se había visto otro hacia muchos años. Con ánimo de que este baile de máscaras tuviera el mismo esplendor que tuvieron los del tiempo de la Restauración, el precio del billete se había fijado en cuatro pesos por persona; pero con esto sucedió lo que sucede con todo en el siglo en que vivimos, siglo en que, á pesar de cuanto dicen, solo los caminos de hierro marchan; la concurrencia fué la misma de siempre; las señoras de tono jamás asistirán en París á un baile público.

Bien que estemos en cuaresma, tenemos siempre brillantes reuniones, lo que no impide por cierto que el mundo aristocrático vaya á la iglesia.

Una de estas últimas noches había una reunión escogida de gentes de talento y de mérito en casa de la señora de Paiva, una verdadera circasiana que hace en París sus gracias extranjeras, y que tiene un salon de un estilo y color que indican una mujer amante de las artes. Hablábale de esa edad fatal de la vida en que el reloj del tiempo da implacable la última hora de la juventud. El famoso pintor Eugenio Delacroix decía con mucha sensatez:

— ¡Ah! si pudiéramos oír esa hora cruel, ¡cuántas locuras ménos y cuántas buenas páginas mas se contarían en la vida de los poetas y de los artistas que ellos tambien, lo mismo que las mujeres, creen en la eterna juventud, y quieren detenerla por las alas, cuando las plumas se les quedan entre las manos!... Sería preciso que una voz severa les advertiese con tiempo á todos esos hijos pródigos que beben su vino sin agua, hasta el momento en que ya no les queda una gota. Deberían gritarles como á esos paseantes resagados en los jardines públicos: « Señores, que se va á cerrar. »

El señor conde Tascher de la Pagerie ha dado un baile de trajes, donde los convidados pudieron hacerse la ilusión de que estaban en Versalles hace doscientos años. La señora condesa Lebon tambien dió en su casa un baile de máscaras; ella que da el tono por todas partes donde se presenta, pero sobre todo en su casa, llevaba un disfraz vaporoso muy difícil de imitar, porque no todo el mundo gasta cien mil francos en encajes; ¿y los señores elegantes cómo iban? Todos de payaso, pero con bigotes; siempre esos famosos bigotes retorcidos, que lejos de disminuir van tomando escandalosas proporciones; se dice que el supremo gran tono exige veinticinco centímetros de punta en los bigotes; ¡excelente moda!

La otra noche, dos buenas lugareñas entraron en el teatro de la Opera Cómica, y en los entreactos se paseaban grave y concienzudamente en el salon de descanso, como dos Celiminas de aldea. A su lado sababan y repasaban muchos elegantes, cargados de perfumes y vestidos á la última moda.

— Mira, mira, exclamó la mas joven de las campesinas dirigiéndose á su compañera, y acompañando sus palabras con una estrepitosa carcajada, mira esos señoritos que llevan los bigotes levantados como las barbas de nuestro gato.

Pero ¿y la moda? preguntarán mis lectores... En cuanto á modas, respondo yo, no veo nada, si no es los levitones que arrastran; tendremos que esperar hasta Semana Santa para saber cuales son las novedades, el corte de los fracs, el color de las telas, y la nueva forma de los vestidos, pues hasta ahora estamos en las conjeturas y las suposiciones. Sin embargo, ya que no hay otra cosa, pasarémos por ello, pero no salgó garante de mis noticias.

Se cree que las levitas largas se reducirán bastante, sin dejar por eso de tener el vuelo suficiente para no caer como en otro tiempo en el exceso contrario. Parece que el género derecho, que hasta ahora solo ha reinado en los fracs de fantasía, las casaquillas de mañana y los sobretodos de primavera, prevalecerá en todas las prendas.

Es digno de notarse tambien que gradualmente se va tomando la costumbre de ir abotonado; esto es poco gracioso y poco elegante; parece que el hombre que se cubre tanto no lleva buena ropa blanca, y sin embargo, las camisas se hacen en el dia con tanto lujo!... las hay tan delicadas que parecen camisolines de señora; se ven con pliegues sesgados y afollados, separados entre sí con bandas de entredos; — otras con anchas cintas de bordados y pliegues menudos á respunte; — otras con florones de bordados en relieve; — otras con doble chorrera de encaje, en una palabra, los elegantes concluirán por llevar puños bordados; sin embargo, es preferible verlos con una camisa de mujer que abotonados herméticamente como los turcos, y esto con tanto mas motivo cuanto que están muy á la moda los chalecos de chal muy abierto. Es verdad que estos chalecos mañana pueden cambiar de forma y

volverse rectos; nadie puede estar seguro de la moda, esto sería como si nosotras estuviéramos convencidos de la fidelidad universal. Es verdad que los señores hombres tendrán de nosotras la misma opinion, enhorabuena, pero entónces ¿porqué pues el género humano (se entiende el género masculino y el femenino) siguen entregándose continuamente á las mismas ilusiones de esperanzas, de sentimientos y de amor?...

Yo creo sencillamente que es porque el mundo da vueltas y porque hoy es de noche y mañana hace sol. Mis lectores se reirán de mi filosofía, pero deben pensar que no soy mas que una articulista de modas, y no deben prometerse de mí la profundidad y la sabiduría de Plutarco.

Para cortar pronto estas reflexiones, vamos á dar aquí la descripción de un frac de montar á la inglesa, y perdonen nuestros lectores si en los detalles sobre su hechura se encuentran muchos términos de sastrería.

Esta prenda, reputada de alta fantasía y que es un término medio entre el newmarket, y la levita, estará muy de moda esta primavera entre los hombres de mundo que queriendo ir siempre sencillos, muestran en la elección de su traje ese buen gusto, esa perfecta elegancia que solo pertenece á la fina flor de la gente aristocrática.

El frac de montar á la inglesa se cierra derecho sobre el delantero por medio de una sola hilera de cuatro botones, de los cuales los dos de arriba pueden abotonarse; sin embargo, regularmente se lleva abierto sobre el pecho y sostenido en el segundo ojal por medio de una presilla de goma elástica con un boton á la punta; en este mismo ojal y al otro lado bajo el boton practicamos un embebido que tiene por objeto suministrar redondez para que encaje en el pecho; otro embebido va tambien en la parte baja de los delanteros, no tanto para que corresponda con el otro como para que sostenga los delanteros en estado natural sin hacer pliegues, de modo que el cuerpo se aplique al rededor y fácilmente.

A contar de la distancia donde está la goma elástica, los delanteros caen gradualmente en escape, y el mismo impulso se da á los faldones que lejos de redondearse bruscamente, se separan con gracia y dejan á descubierto una parte del talle del chaleco, así como lo alto del pantalón.

Es preciso que no haya exageracion en los embebidos, porque si se desea que el frac acuse las formas, se quiere que esto suceda naturalmente: todo el mundo pide un género fácil que caiga graciosamente sobre el cuerpo sin *indicar el talle* con exceso. Así, pues, á despecho del busto, que conserva siempre poco largo, hay que tender en altura los embebidos de cintura que parten de las caueras para que quede el ancho suficiente sin pliegues.

Las mangas se hacen sin bocamangas, y los forros bajan hasta el borde; se sobreentiende que todos los forros son de seda.

Los pliegues de los faldones se hacen ligeramente, sin carteras ni *falsos-pliegues*. Los bolsillos se colocan al sesgo del faldón con carteras cuadradas; abertura arriba; sin embargo, se ponen tambien en los pliegues.

El cuello que se pega justo sobre la escotadura, despues de haber tendido el hueco de arriba, guarda sobre el delantero 15 milímetros de abertura.

Pero para obtener una prenda bien hecha no está todo en las medidas; es preciso tambien que la hechura se halle bien comprendida.

La operacion de poner los forros, principalmente en las prendas que abotonan derechas y que solo llevan una hilera de botones es muy difícil, pues la falta de entretelas impide que los delanteros se coloquen bien sobre el cuerpo, y el poner mas de las necesarias presenta otro inconveniente, cual es el de hacer bultos interiores cuando caen sobre el delantero. — Así, pues, ántes de poner las *entretelas de lienzo* se principia por practicar los embebidos que se disponen, que haya uno ó dos, en los ojales; estos deben estar indicados de antemano; luego se rechaza con la plancha caliente la bomba producida por los embebidos así como la redondez que queda al borde.

Despues de haber preparado así los delanteros se trabajan las *tripas* del mismo modo, llevando los embebidos de ojales á lo alto de la escotadura á tres centímetros mas atrás que el *rompimiento* de las solapas, y hay que hacerle muy fuerte para retrar todo el largo dado por la entrada de los delanteros.

Ahora pasaré á la descripción de nuestro figurin, que representa varios trajes fotografiados en los últimos grandes bailes de la estación de invierno. Dos de ellos son de máscara; el de bajo breton exige unas buenas pantorrillas en el hombre que se atreva á llevarle; por fortuna se pueden comprar cuando la naturaleza no ha sido pródiga. El otro representa un soldado de la guardia francesa; solo que la figura carece de bigotes, cosa indispensable para todo uniforme belicoso.

Los otros dos personajes llevan trajes de vestir; he aquí su descripción exacta:

El primero viste un frac de hermoso paño faisan dorado respunteado á borde abierto todo al rededor, y no se abotona sobre el delantero por la razon de que las solapas y el cuello caen hasta el segundo ojal de abajo; talle al busto, faldones largos, cuadrados y forrados de raso; botones de metal cincelado.

Visto por delante, este frac dejaria á descubierto un hermoso chaleco de seda adamascada de flores, con chal muy abierto y con un *transparente*, ó sea un doble chal de piqué blanco. El largo por debajo se determina segun el que lleva el delantero del frac.

Pantalón de satén negro de lana, *semi-ajustado*, redondo sobre la bota de charol y con una estrecha *trabilla*.

Despues estamos viendo un traje de máscara parecido á los que se llevan en la baja Bretaña. La chaquetilla es de casimir oscuro, y va ribeteada con un galon de seda color de grosella; el corte es recto por detrás, y no lleva cuello.

El chaleco es de paño azul claro, y tambien va ribeteado con cinta del mismo color; el calzon de igual paño, plegado por arriba, muy ancho de muslos y muy justo á las rodillas.

Medias rayadas; ligas de cinta color de cereza, y zapatos de charol con hebillas.

El hombre que se presenta luego viste de fantasía; lleva un abrigo sobretodo de *mouschtch* verde oscuro, forrado de seda por dentro, excepto las solapas y el cuello que van cubiertos con un acolchado de seda; corte de mucho vuelo; talle y faldones holgados en largo y ancho.

Este sobretodo de un tipo completamente confortable se reserva por lo regular para salir á pié.

La misma forma llevan los paletós, que se hacen bastante gruesos y acolchados para llevar solos, sin nada debajo. Es una forma mixta que dibuja el talle por detrás, en tanto que los delanteros caen derechos, sin costura al sesgo del talle.

Nada dirémos sobre el frac y el chaleco que se hallan poco á la vista, y que por consiguiente no exigen una elección selecta.

El pantalón es de satén color de castaño liso, de caída recta y bastante corto para redondearse sobre la bota sin hacer pliegues; se lleva con trabillas y sin ellas.

Nuestro figurin concluye con un bonito traje de la *guardia francesa*, que lleva un niño de diez á doce años; chaquetilla de terciopelo color de ceniza forrada como el cuello y grandes bocamangas de terciopelo amaranto; los adornos de pecho y los de los bordes exteriores son de galones de oro.

Cinturon y guarnicion de espada del mismo galon.

Chaleco de igual color que el forro de la chaquetilla, tambien con galones, forma Luis XVI, esto es, abotonado hasta arriba.

Calzon largo de punto de algodón blanco metido en altas polainas, y sombrero de tres picos de fieltro negro galoneado al rededor y con plumero blanco.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Los rusos en el Pacifico.

La Rusia ocupa toda esa corona polar del grande Océano que se extiende de la Mantehuria á la costa occidental de la América del Norte y que abraza una parte de las islas Kuriles, el Kamtschatka, el Archipiélago entero de las Mentiennes, las dos orillas del estrecho y de la bahía de Behring, la factoría de Ross en la Nueva-Caledonia, y por último el archipiélago de Sitka sobre la costa Noroeste de la América. Los establecimientos de los rusos en esa parte del mundo, fueron fundados en ejecución del plan concebido por el czar Pedro I, plan seguido con perseverancia hasta nuestros dias por sus sucesores, de dar á la Rusia una posesion de todos los mares del globo. Los resultados de este pensamiento político se reasumen hoy en la compañía ruso-americana para la explotación de las pieles, y en los dos puertos militares de la Nueva-Arcángel y de Petropaulouski, el primero situado en la bahía de Sitka y el segundo en el fondo de la magnífica bahía de Avatska sobre la costa del Kamtschatka.

El establecimiento de Petropaulouski es de poca importancia; no hay en él un centro de negocios. El puerto es pequeño, profundo y bien cerrado, pero ofrece escasos recursos de todas clases, si se exceptúa lo bueno que es su fondeadero. La ciudad, situada en un anfiteatro en el fondo del puerto sobre los dos declives de un valle, se compone de un grupo de casas de madera cubiertas de cañas con patios y huertos cercados, y formando dos calles, todo ello dominado por una iglesia griega de un efecto fantástico, y en cuyo derredor se ven cobertizos para secar el pescado. Suelen criar algun ganado y cerdos, pero no se ven gallinas, y en las huertas se cogen muy pocas legumbres. La pesca es abundante, y se asegura que podrian establecerse pesquerías capaces de rivalizar con las de Terranova; sin embargo, hasta hoy todo el pescado que se prepara es para el consumo local.

De paso dirémos que la conquista de este país se atribuye al cosaco Waldimir Aliassoff, gobernador de Irkusk, que invadió el Kamtschatka en 1669 y concluyó su conquista en 1706. En cuanto á la poblacion indígena, el contacto de los europeos no le ha sido muy favorable; terribles enfermedades la diezman, y apenas habrá hoy en toda la península 4000 almas.

Los rusos no juzgaron conveniente fundar establecimientos en las Kuriles ni en las Alentiennes, y han concentrado sus medios de accion en Nueva-Arcángel, en la bahía de Sitka, sobre la costa Noroeste de América por los 57 grados 2 de latitud Norte, y 135 grados 17,10 de longitud Oeste (Greenwich). Este centro de negocios debe su fundacion en 1797 á un agente de la compañía del comercio de pieles de Irkusk, llamado Baranoff, que eligió ese lugar á causa de la inmensa cantidad de lutras de mar que habia entónces, y en razon tambien de su buen puerto, de su riqueza en maderas de construcción, y de sus aguas abundantes en pesca.

La rada de Sitka, situada sobre la costa Oeste de la isla Baranoff á 14 millas de profundidad y corre al Noroeste y Sudoeste. En el fondo está construida Nueva-Arcángel, especie de lugaron de madera rodeado de un cerco tambien de madera, sobre el cual se han armado algunas piezas de grueso calibre suficientes contra un ataque por parte de los indígenas. Se entra en el puerto haciéndose remolcar por un vapor. Este puerto está formado por un laberinto de islotes en frente de la ciudad; hay dos entradas, una por el Norte y otra por el Sur.

El mar por el interior es tan tranquilo como las aguas de un estanque; se encuentran perfectamente abrigado. Sus defensas naturales son tan fuertes que se le podría hacer inexpugnable y los rusos han elevado baterías que le dominan por todas partes. Sin em-

bargo, según dicen los oficiales que le han visitado hace tres años, estas fortificaciones no son temibles.

La ciudad se halla edificada sobre una lengua de tierra estrecha proyectada por contrafuertes del cerco de montañas que forma el fondo de la bahía. El palacio del gobernador está sobre una roca de 80 pies de altura, y se halla coronado con un torreón fortificado. Este edificio de madera, como todas las demás casas de la ciudad, se halla defendido por una batería que barre todos los puntos del puerto, envolviendo al Sudeste la casa por un semicírculo, en tanto que al Noroeste se halla á pico con escaleras y una azotea á la mitad de la altura sobre la cual se han construido dos baterías armadas de cañones de campaña de bronce.

El arsenal marítimo se halla establecido bajo un pie considerable; en él se construyen toda clase de buques en crecido número, y aun vapores, y no faltan obreros ni materiales. Se calculan en 13,000 los habitantes, de los cuales hay 800 rusos, y 1500 criollos, esto es, nacidos de rusos y de mujeres indígenas; el resto se compone de los naturales de las islas de ese Archipiélago, raza enérgica de la que se pueden hacer buenos soldados.

El clima de Sitka es muy húmedo, hasta el punto que en ciertos años apenas se cuentan cuarenta días secos; por eso los cereales no maduran y aunque la yerba es abundante ni siquiera se coge heno. Las legumbres, como las coles, los nabos y las patatas se crían bien, pero el alimento fundamental del país consiste en pescado que se coge en cantidades prodigiosas; la única dificultad es que se seque.

La temperatura es bastante benigna; el término medio es de 7 grados 39 sobre cero, centígrado; aun en los meses de diciembre, enero y febrero el termómetro se sostiene á 2 grados sobre cero. Esto consiste en las altas montañas volcánicas que se hallan cerca, y en la barrera que opone á los hielos del mar del Norte, la cordillera de las Aleutianas, de modo que un invierno en estos parajes no es rigoroso.

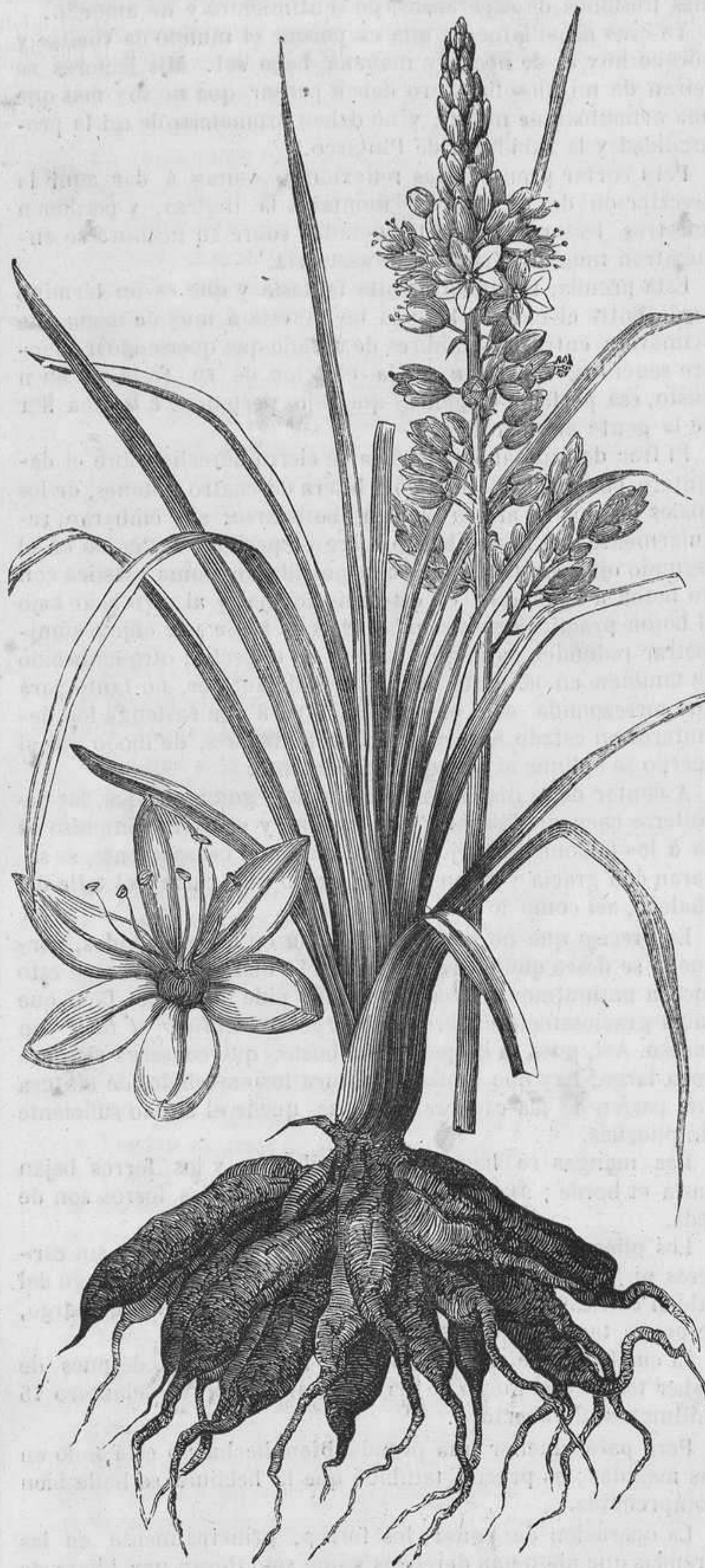
Ahora pondremos algunos números para representar el valor económico de esas posesiones de la Rusia. Hay primeramente la vasta extensión de las costas americanas desde los 54 grados 40 de latitud Norte hasta el cabo Spencer, arrendadas á la compañía de la bahía de Hudson mediante un tributo de 2000 pieles de luras, arrendamiento que creemos se suspendió en 1850, y cuyo pago ha cortado la guerra; luego la renta de Sitka que se compone de 10,000 pieles de bueyes marinos, 4000 de luras, 12,000 de castores, 2500 de luras de tierra, zorros, etc., y en fin, 20,000 colmillos de morso. Tal será la pérdida que la guerra habrá hecho sufrir á la Rusia en esta parte del mundo.

(Eco del Pacifico.)

Fabricacion del alcohol con la raiz del gamon.

Si hay un proverbio que se desea encontrar siempre cierto, es el que dice que *la necesidad es madre de la industria*. En efecto, fué mucha fortuna el poder extraer azúcar de la remolacha, cuando el bloqueo continental

interrumpia toda comunicacion con las colonias, como lo es hoy, desde que no vemos madurar la uva, y que la enfermedad de la viña parece haber secado los mantiales del vino y de los licores, el haber hallado



El gamon con su flor (tamaño natural).

mil sustancias á propósito para suministrar alcohol. Sabido es que este último cuerpo se produce por la fermentacion del azúcar, y que el azúcar existe, en mas ó ménos cantidad en casi todas las partes de los vegetales. Sin embargo, su presencia no se reconoce de un modo tan fácil como vulgarmente se cree, porque hay azúcar que no tiene sabor dulce como el de caña y remolacha; además hay azúcar que lo es solo porque así la llaman los químicos; esto es, una sustancia susceptible de producir alcohol por la fermentacion, como lo es sin duda el azúcar que contiene la raiz del gamon, cuya masticacion no presenta ningun sabor azucarado. He aquí el análisis químico de esta raiz, tal como la ha hecho y publicado, en el último boletín de la Sociedad de Agricultura del Hérault, M. H. Marés, miembro y secretario de esta sociedad.

Agua.	60	84
Cenizas.	»	75
Materias grasas solubles en el éter.	2	20
Materia susceptible de transformarse en azúcar de uva por la accion de la fermentacion y de los ácidos.	18	23
Pectina.	2	30
Alúmina coagulable por el calor.	»	42
Materia celulosa.	7	»

91 76

El joven y hábil químico que ha hecho este análisis, ha encontrado que da resultados notables. En efecto, esta planta no contiene azúcar, sino una sustancia particular que puede transformarse en azúcar en ciertas condiciones; cuando faltan estas condiciones, la raiz del gamon se resiste á la fermentacion. Lo que es aun mas digno de observarse en la composicion química arriba expresada, es la notable cantidad de materias grasas que se manifiesta al gusto por una semejanza con el sabor de los huesos oleaginosos.

Veamos como se obtiene el alcohol, en las tres ó cuatro localidades del departamento del Hérault, donde se ha buscado el modo de extraerlo de la raiz del gamon:

- 1º Se lava la raiz, tan solo para quitarla la tierra.
- 2º Se machaca en un molino de aceite, hasta reducirla á pasta.
- 3º Se coloca en seguida esta pasta en una prensa hidráulica, y obtiene cerca de 60 p. 100 de jugo.
- 4º Se pone este jugo en un barril, y se abandona á un calor de 25º centígrados: fermenta al cabo de algunos dias, y operando la destilacion, se obtiene cerca de 8 litros de alcohol á 86º de un hectólitro de jugo fermentado.

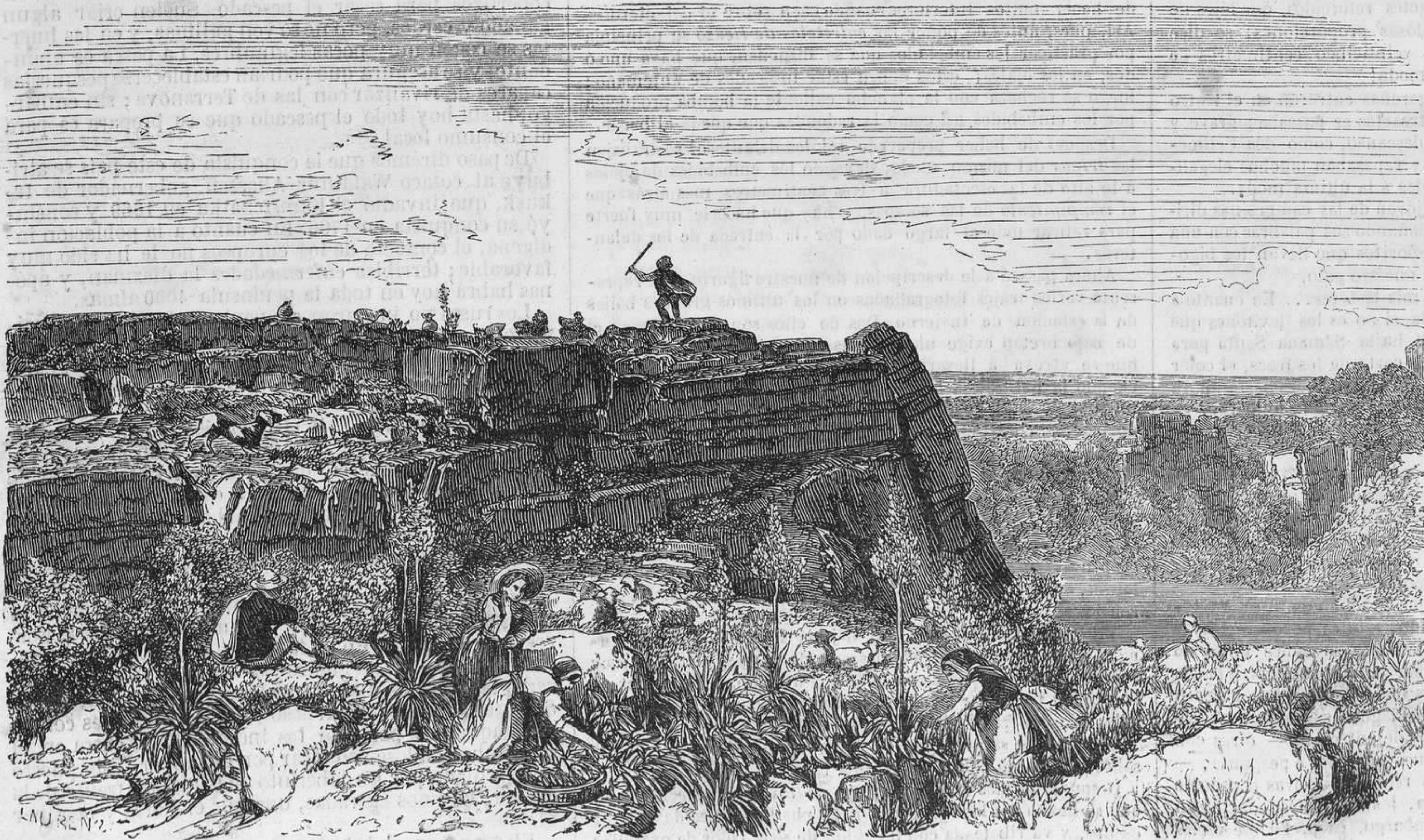
Este alcohol es claro y límpido; su olor es el de los alcoholes de buen gusto, y tiene un perfume suave que se asemeja al de la planta cuando se masca.

El origen de esta explotación es muy interesante. Se dice que ha tenido principio en la Argelia, pasando despues á la Córcega. Lo que podemos asegurar es que hácia fines del año último, las poblaciones rurales de las cercanías de Montpellier han caido con una especie de furor sobre las plantas del gamon, único adorno de primavera en estos lugares incultos, áridos y pedregosos que en el departamento del Hérault se desarrollan sobre una extensión de mas de 250,000 areas en erial.

No haré aquí una descripción técnica del gamon ramoso que se puede hallar en todos los libros de botánica; mi dibujo, aunque es pequeño, dará una idea mas precisa que toda la terminología botánica de la forma de las hojas, de la de lashojas, de la disposición ramosa de los tallos, bastante rara en la gran familia de las liliáceas á que pertenece el gamon, y sobre todo de su raiz.

Otro dibujo copiado del natural ofrece el aspecto de las mesetas pedregosas que se elevan á orillas del Mediterráneo entre Certe y Montpellier. Ahí abunda mucho el gamon; pero tambien es mas comun en los eriales mas apartados del mar; en medio de los pinares de Italia, situados cerca de Aigues-Mortes, es de un tamaño gigantesco, y por último, abunda mucho en todas las costas de la Provenza; pero por abundante que sea, solo puede explorarse con ventaja en los años en que la viña da poco fruto.

J. B. L.



Localidades del Languedoc donde crece y se coge el gamon.